

LECTIO DIVINA Y VIDA RELIGIOSA

LA BIBLIA EN LA FORMACION Y EN LA VIDA RELIGIOSA*

La comparación entre la formación que hoy se da habitualmente en los institutos religiosos y la de hace unos treinta años sin ninguna duda pone en evidencia un hecho no desdeñable: la Sagrada Escritura se ha convertido en objeto de asiduo estudio. Este nuevo estado de cosas se verifica en dos niveles:

a) en el acceso directo a la Biblia, por medio de diversas introducciones de orden exegetico y teológico que se refieren a los dos Testamentos y a cada uno de sus libros;

b) por la constante referencia a la Palabra de Dios en muchas otras disciplinas, como por ejemplo en la Introducción general a la historia de la salvación y en la Liturgia.

Esta positiva constatación sobre el presente no quiere constituir un juicio negativo sobre el pasado. El misterio de Cristo —como lo testimonia el compacto tropel de los santos— era conocido por otros medios, en formas más adaptadas a la sensibilidad y a la cultura de la época. En lo que concierne al hoy, que nos interesa de modo más inmediato, es necesario sin embargo decir seguidamente que el estudio directo o indirecto de la Biblia, y también el conocimiento de los textos escriturísticos de la liturgia, no pueden agotar las múltiples relaciones que deben instaurarse entre el creyente y la Palabra de Dios.

Aun más, el contacto asiduo con la Biblia en el nivel de la formación religiosa y de la acción litúrgica, incluso puede llegar a ser a veces una cómoda coartada para permanecer fundamentalmente "ajenos" a la Palabra en su contenido más profundo y más verdadero. Esto ocurre cuando nos contentamos con estudiar la Biblia únicamente con la inteligencia y quizás también con rezar con la Biblia. Lo que cuenta —en toda vida cristiana y con mayor razón en una vocación de consagrado— es

* De *Lettre de Ligugé*, 230, 1985.

Nota del traductor del italiano, P. Paul Benoist d'Azy, En Calcat: Con la amable autorización del autor, traducimos aquí un artículo aparecido en italiano en la revista de la Sagrada Congregación para Religiosos e Institutos Seculares: *Informationes*, 1979, Anno V, N. 1, p. 122-160, con el título: "*Lectio divina e vita religiosa. La Bibbia nella formazione e nella vita religiosa*". Las notas se han adaptado ligeramente. Aquí en general no reproducimos las referencias a autores modernos no francófonos; por eso omitimos o abreviamos algunas notas (no obstante hemos mantenido la numeración original). Citamos las traducciones francesas existentes, sobre todo en *Sources chrétiennes* (= SC, París, Cerf). Otras abreviaciones significan: CCL = *Corpus christianorum, Series latina* (Turnhout, Brepols); CSEL = *Corpus de Viena*; PG y PL = Migne; DS = *Dictionnaire de spiritualité* (París); MGH = *Monumenta Germaniae Historica*.

rezar la Biblia con pasión para vivir en profundidad esa misma Palabra de Dios.

Habiéndose convertido en un best-seller comercial, difundida en lo sucesivo con las más elegantes presentaciones tipográficas y en ediciones económicas, provista a menudo de múltiples complementos de gran utilidad, la Biblia corre el riesgo de ser considerada como un libro entre tantos otros: desde el objeto "chic" que colocamos en la parte superior de un armario en una habitación que debe pasar por "religiosa", hasta el objeto de curiosidad en el cual se ejercita únicamente la inteligencia humana, sin la luz de la fe ni el calor del corazón. Esta mentalidad secular penetra incluso en la vida religiosa y hace de la Biblia un objeto de estudio puramente "escolar": una de las numerosas materias que necesitamos saber para aprobar algún examen y obtener un diploma. O bien, en algunos casos que quisiéramos considerar felices, la Escritura se degrada en un simple arsenal de donde sacamos algunas citas que nos permiten demostrar que estamos a la altura de las circunstancias.

La Biblia: el Verbo Encarnado que interpela a todo hombre.

Sin embargo, todo eso sigue estando en el exterior, tanto de la Biblia como del hombre, sobre todo cuando a este último le parece bien servirse de la Palabra para su propio uso y consumo... La Escritura es algo más: es la Palabra de Dios, única y que no puede repetirse. En esas páginas escritas, el Verbo continúa encarnándose, revelando los misterios de Dios hasta el fin de los tiempos¹.

No se trata de una revelación que comunica nociones: sin duda las hay; pero son secundarias. La Escritura es la Palabra que "informa" al hombre dándole la "forma de Dios"²: lo hace participar en la misma voluntad, en los mismos pensamientos, en la misma vida de Dios. Esta Palabra es indispensable para que pueda realizarse una verdadera vocación cristiana en una vida humana. No en vano los Padres, con obsesiva insistencia, hablan de la Escritura como de un remedio³, ven en ella una luz particular⁴, la consideran como una bebida⁵ y un alimento⁶ que sostiene

1. La encarnación del Verbo en las Escrituras es un tema muy querido para los Padres. A lo largo del presente estudio, cuando remitimos a los testimonios patristicos, no distinguimos entre las afirmaciones concernientes a la lectura individual y las relativas a la lectura pública y litúrgica. La actitud interior del lector y la del oyente de la Palabra deben ser idénticas, aun cuando no por eso se identifiquen completamente los dos momentos.
2. El PSEUDO-DIONISIO habla de las Escrituras "formadoras y vivificantes" (*Hiér. Ecclés.*, 3, 3, 6; PG 3, 433 a).
3. AMBROSIO, *Explanatio in Ps.* 1, 7: "El libro de los Salmos procura el progreso de todos y una especie de remedio para la salvación del hombre" (*CSEL* 64, p. 6).
4. GREGORIO MAGNO, *In Hiez.*, I, VII, 17: "En las tinieblas de esta vida, la Escritura se ha convertido en una luz que ilumina nuestro camino" (*CCL* 142, p. 93). El Papa Gregorio durante largo tiempo fue considerado como un maestro de la lectura espiritual de la Biblia; prueba de ello es una oración para su fiesta que nos transmite el *Missel de Mateus*: "Dios que cada año nos regocijas con la solemnidad del Bienaventurado Gregorio tu Confesor y tu Pontífice, concédenos siempre sentir que intercede junto a ti aquel cuyas obras y doctrina nos revelaron numerosos misterios contenidos en tus Escrituras" (ed. Bragança. Lisboa, Fundação Gulbenkian, 1975, p. 490).
5. EUSEBIO GALICANO, *Hom.* V, 3 (*De Epiph. Dni* II): "Como faltara el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen más vino (*Jn* 2,3). Preguntémonos aquí ante todo cuál es ese

ne y alivia⁷ la existencia del creyente; incluso a veces llegan a compararla audazmente con la misma Eucaristía⁸.

"La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Liturgia.

(...) en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en las palabras de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual"⁹. Comprendemos entonces que el hombre, en la medida en que quiere ponerse verdaderamente frente a la Palabra, no es el sujeto que conduce y hace avanzar su discurso con el riesgo de manipular todo. Debe más bien convertirse en un humilde interlocutor, atento y abnegado en un diálogo conducido por el sujeto principal: Cristo, presente, que "habla por intermedio de los profetas".

Ante esas dos realidades —la Palabra percibida en su ser profundo como "ícono" del Verbo, y el hombre que acoge esta Palabra en lo íntimo de su corazón—, el religioso no puede permanecer indiferente.

Coloquémonos en primer lugar en el punto de vista de la Palabra misma: si la vocación es una respuesta al llamado de Dios, respuesta que brota de lo íntimo de la persona, es claro que en ciertos aspectos semejante llamado no se recibe de una

otro vino que se proporciona, no por obra de la naturaleza, sino por un poder que actúa. En varios pasajes escriturísticos nos damos cuenta de que el vino significa el efecto salvable de las Sagradas Escrituras y la fuerza purísima que contiene en ella el vigor de la sabiduría celeste..." (CCL 101, p. 58).

6. CESAREO, *Serm.* VII, 4: "¿Y qué pensar de esto, hermanos míos? Más de un cristiano, y lo que es peor, a veces incluso los clérigos, cuando se preparan para salir de viaje, tienen cuidado de proveerse de pan, de vino, de aceite y de dinero para sus diversos gastos; y cuando en un viaje terrestre, cada uno se provee de tantas cosas destinadas a asegurar la vida de su cuerpo, ¿ninguno tiene el cuidado de leer un solo librito destinado a restaurar su alma aquí y para la eternidad?" (SC 175, p. 345). Ver también del mismo Cesáreo los *Serm.* IV y V sobre el escuchar la Palabra en la predicación (SC 175, 293-317) y VI-VIII sobre la lectura de los textos sagrados (p. 319-361). Sobre el lugar de la Escritura en la comunidad de Arlés, ver *Ibid.*, p. 147-149.
7. CESAREO, *Serm.* VII, 2: "... Si queréis que las Sagradas Escrituras se vuelvan dulces para vosotros y que los preceptos divinos os aprovechen como conviene, sustraed algunas horas a las ocupaciones del mundo para volver a leer en vuestras casas las palabras divinas y consagraros enteramente a la misericordia de Dios" (SC 175, p. 339).
8. CESAREO, *Serm.* LXXVIII, 2: "A vosotros os interrogo, hermanos y hermanas: decidme, qué os parece más importante: ¿la Palabra de Dios o el Cuerpo de Cristo? Si queréis responderme según la verdad, debéis decirme sin ninguna duda que la Palabra de Dios no es menor que el Cuerpo de Cristo. Cuando se nos da el Cuerpo de Cristo, tenemos gran cuidado en que nada se nos caiga de nuestras manos al suelo; vemos entonces con la misma solicitud para que nada de la Palabra de Dios que se nos comunica se escape de nuestros corazones ni perezca mientras pensamos en otra cosa, o hablamos de otra cosa. Porque el que escuche la Palabra de Dios con negligencia no será menos culpable que aquél que, por negligencia, deje caer al suelo el Cuerpo de Cristo" (CCL 103, p. 323).
9. *Dei Verbum*, 21.

vez por todas. El religioso en el día de su profesión, gozoso y consciente de la responsabilidad que entraña su vocación, se compromete a responder con ardor, constancia y atención al Señor que le habla. En la vida del religioso, Cristo no interviene solamente a través de la palabra autorizada del superior y de los hermanos. Una palabra, la del superior, que no podemos subestimar si mantenemos una relación personal con la Escritura¹⁰. La Palabra del Señor contiene, en efecto, inmensas riquezas y es precisamente en la Biblia donde manifiesta sus mayores exigencias. Sin una escucha limpia de esta "Palabra" específica, todas las demás palabras dichas "en nombre de Jesús" se revelan inconsistentes.

Veamos ahora las cosas desde el punto de vista del religioso: la escucha de la Palabra de Dios, precisamente porque es "Palabra de vida", no puede limitarse a una sola de las facultades del hombre. Por su naturaleza, abarca y penetra a toda la persona. Es además "maximalista". Para llegar a ser palabra de vida, debe penetrar de hecho toda la vida, desempeñar un papel determinante en la actividad y el desarrollo de cada facultad. Frente a esta Palabra, todo el ser del hombre se pone en actitud de escucha y reacciona: voluntad, inteligencia, sentimientos, imaginación e incluso hasta el mismo cuerpo.

En una primera parte trataremos la *lectio* como práctica espiritual en la fe; seguidamente esbozaremos sus relaciones con el estudio y la comunidad.

I. LA LECTIO DIVINA COMO DIALOGO ESPIRITUAL ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Queda claro ahora que el contacto con la Escritura no puede reducirse a algunos meses de estudio en el transcurso de una formación; tampoco puede ser relegado a un rincón oscuro de algún monasterio todavía atado a antiguas tradiciones —consideradas ellas mismas a menudo y fácilmente como caducas¹¹. Es una relación con la Palabra de Dios que el cristiano y en particular cada religioso, tiene el derecho y el deber de vivir en plenitud. Es un contacto vivificante que ya Israel había experimentado¹² y que la tradición cristiana ha llamado *lectio divina*¹³. Escuchando la reco-

10. "Cuando el Superior ordena —según la Escritura—, da al mandamiento divino su pleno valor, porque inserta el acto individual en el cuerpo de la Iglesia, en la armonía de todos los demás preceptos"; es lo que escribe TH. SPIDLIK, respecto a la doctrina de san Basilio en *La sophiologie de saint Basile*, Roma 1961 (*Orientalia Christiana Analecta* 1962, p. 188). Cf. toda la sección dedicada a las divinas Escrituras, p. 155-172. Desde otro ángulo, el pensamiento de san Basilio fue estudiado recientemente por P. SCAZZOSO, *Introduzione alla ecclesiologia di san Basilio*, Milán, 1975 (*Studia Patristica Mediolanensis*, 4), en particular en las páginas 123-170: "Scrittura e liturgia".
11. Incluso en el medio monástico es oportuno volver sobre este tema de la *lectio divina* para "resucitarla", o por lo menos para imprimirla un nuevo impulso. Cf. D. REES (éd.), *Consider your Call, A Theology of Monastic Life Today*, Londres, SPCK, 1978, p. 261-273, 416-421.
12. Cf. R. LE DEAUT, "La tradición judía antigua y la exégesis cristiana primitiva", *Revue d'Histoire et de Philosophie religieuses* 5, 1971, 31-50.
13. Aparte de las obras señaladas en las otras notas, puede consultarse sobre la *lectio divina*: H. DE LUBAC, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'écriture* (*Théologie*, v. 41-42 y 59), París, Aubier, 1959-1964; J. LECLERCQ, *L'amour des lettres et le désir de Dieu. Initiation aux auteurs monastiques du Moyen Age*, París, Cerf, 1957.

mendación del Concilio¹⁴, incluso algunos institutos no monásticos la han retomado en su integridad, no solamente para profundizar la dimensión "orante" de la vocación religiosa, sino también para vivir auténticamente su dimensión apostólica y misionera¹⁵.

Lectio divina: una manera de vivir la Palabra que llega a todas las "entradas" del hombre por medio de la *lectura*, que penetra en su existencia por la *meditación*, que se apodera de sus facultades más profundas en la *oración*, y que termina por alcanzar su plena eficacia en la *contemplación* de Dios y en el *servicio* de los hermanos¹⁶. Como cualquier otra vida digna de ese nombre, la *lectio* es también una dimensión del amor. Se comprende, se practica, se mantiene si, más allá de las palabras, sentimos vibrar la voz del Amado: Cristo que habla a través de las Escrituras.

Los momentos más interesantes de la *lectio* —pero también los más personales y por lo tanto los más difíciles de describir de una manera adecuada— son los de la contemplación y de la acción: brotan con impetuosidad de un contacto inmediato con Cristo que en adelante revive en aquél que lo ha acogido en su Palabra. Los ejemplos de Antonio, que se interna en el desierto, y de Francisco, que se sumerge en la trama social, son más que elocuentes. Esos dos santos escucharon a Cristo con tal intensidad que realizaron un *admirabile commercium*: la Palabra de vida se convirtió en su vida, y, a su vez, dieron vida a la Palabra crucificada en la letra muerta; se convirtieron en el eco palpitante de esa Palabra que, en su realismo, fascina a los demás hombres. Y de hecho, a lo largo de siglos y por millares, los discípulos de estos dos santos toman el camino de la soledad o se internan en las rutas del mundo. Pero, para alcanzar semejante intensidad de contemplación activa y de acción contemplativa, es necesario poner sólidas premisas. Y es por eso que nos detenemos aquí de una manera particular en el primer tiempo de la *lectio*, la lectura.

1. La lectura de la palabra: un encuentro y una escucha del Señor en la fe.

Dado que la *lectio* debe conducir a una profunda comunión de vida con el Señor, se hace necesario, pues, un itinerario preciso en la fe. En este punto coinciden y convergen las experiencias de todos los autores cristianos de la antigüedad y de la época moderna, de Oriente y de Occidente¹⁷.

14. *Dei Verbum*, 25.

15. Es el caso, por ejemplo, de la Compañía de Jesús que ha dedicado a la *lectio divina* una parte de su XXXI Congregación General.

16. En su breve tratado *Lettre sur la vie contemplative* (*L'échelle des moines*; SC 163, p. 82-123), GUIGO II, monje cartujo del siglo XII, retoma la tradición anterior y presenta el "canon" de la *lectio* articulado en cuatro momentos: lectura - meditación - oración - contemplación. Con todo, una observación: esos cuatro momentos de la *lectio* no se suceden en un riguroso orden cronológico. Cuando nos dedicamos a la lectura todos los días —y es normal que sea así en un religioso e incluso en un cristiano— hay una alternancia y una interferencia continuas entre esos diferentes momentos. Pero en esto, más que a los tratados, hay que dejar hablar a la experiencia de cada uno.

17. Para una visión histórica de conjunto, cf. J. ROUSSE, H. J. SIEBEN, A. BOLAND, "Lectio divina et Lecture spirituelle", *DS* t. 9, 1975, col. 470-510; J. REZAC y J. LECLERCQ, "Lectio Divina", *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, t. 5, 1978, 561-566.

En el punto de partida se encuentra una gracia particular de Dios que permite al hombre alcanzar el corazón de Dios en las palabras de Dios¹⁸. Esto es posible porque los textos de la Escritura no son palabras sobre Dios, sino palabras de Dios; más aún, es la Palabra misma del Padre que revela en términos humanos *el abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios* (Rm 11,33). Si "ignorar la Escritura es ignorar a Cristo"¹⁹, es igualmente cierto que el conocimiento de Cristo presupone una familiaridad sumamente intensa con las Escrituras. Y es por eso que la lectura de la Biblia no puede ser un acto puramente intelectual, ni superficial, ni episódico. Es necesaria una familiaridad que haga viva una relación personal con Cristo presente entre los suyos en forma de palabras. "En todas partes el Señor nos interpela, por medio de la Ley, por medio de los Profetas, por medio de los Salmos, por medio de las Epístolas, por medio del Evangelio. Daos bien cuenta de que no se calla, de que tiene misericordia... Dios no deja de hablarnos"²⁰, afirma con fuerza san Agustín. Y cuando el obispo africano dice además con toda la Tradición que "el Evangelio es la boca de Cristo"²¹, ciertamente no quiere restringir la presencia del Verbo a las palabras que Jesús pronunció durante su misión terrenal. "La Sagrada Escritura en su totalidad forma un solo libro, y este libro único es Cristo, porque toda la divina Escritura habla de Cristo y se realiza en Cristo"²².

La condición preliminar y absolutamente indispensable para abordar la lectura de la Escritura es pues un acto de fe en la presencia viva, operante y eficaz del Verbo. Indudablemente la Biblia puede hacer nacer muchas ideas, ofrecer imágenes sugestivas y temas religiosos. Pero todo esto no puede ser sino el preámbulo —o la consecuencia— de un encuentro personal. Fundamentalmente la Palabra es una Persona que entra en la historia de un hombre, lo ilumina, lo llama sin equívoco posible, exige de él una toma de posición sin ambigüedad, lo arrastra de manera existencial en su carrera gloriosa²³. Al llegar a ese punto, la Palabra y el hombre se convierten en un único todo, en una única realidad teándrica: la palabra de Dios, condensada en la letra de la Escritura, se extiende y toma dimensiones cada vez más grandes en la existencia concreta del cristiano. Este último es entonces llamado —por "vocación"— a proclamarla, no solamente por medio de sus palabras, sino con todas las formas de expresión que es capaz de crear. Es justamente a causa de esta pulsión interna de la Palabra que la *lectio* no puede limitarse a una simple lectura, sino que tiende por medio de diversos grados a su mayor expansión en la contemplación y en la acción.

La fe en Cristo suscita en el hombre el deseo de conocerlo más, de penetrar en el misterio de su vida y de su amor: hay que hacer entonces lugar a su Palabra

-
18. GREGORIO MAGNO, *Ep.* V, 46: "Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios" (*MGH Ep.*, t. I, p. 346; *CCL* 111, p. 340).
 19. JERONIMO, *Comm. in Isaiam*, *Prol.*, I (*CCL* 73,1).
 20. AGUSTIN, *Enarr. in Ps.* 100, 13 (*CCL* 39, 1417) y 130, 14 (p. 1910).
 21. AGUSTIN, *Serm.* 85, 1, *PL* 38,520.
 22. HUGO DE SAN VICTOR, *De Arca Noe* II, 8, *PL* 176, 642 c: "Toda la divina Escritura es un solo libro, y este libro único es Cristo, porque toda la divina Escritura habla de Cristo y se cumple en Cristo".
 23. Sobre la dinámica información-llamado-experiencia, cf. C. MARTINI, "Parola di Dio e parola umana", en G. ZEVINI, *Incontro con la Bibbia*, Roma, 1978, p. 41-53.

para que, a partir de un hecho exterior y material, se convierta en motor eficaz de toda la vida interior²⁴. La lectura se vuelve entonces exigente, exige condiciones precisas. De entre ellas, nos parece que algunas merecen ahora tenerse en cuenta; y, por otra parte, están estrechamente unidas entre sí: son la pureza y la humildad de corazón, la oración, el silencio y el tiempo.

2.-La lectura: un corazón puro y humilde.

Es indudable que toda lectura se apodera concretamente de las facultades intelectuales del hombre. Sin embargo, en la lectura cristiana —y esto es válido en cierta medida para toda lectura seria y sobre todo poética— la Biblia, a través de la escucha física y de la comprensión por la razón, penetra en lo íntimo de la persona y satisface sus niveles más profundos²⁵. Es pues evidente que "el órgano" principal de la *lectio* —y en consecuencia también de la lectura que la comienza— es ese núcleo central en el que cada hombre vive y expresa su personalidad única: el corazón²⁶. Un corazón que ante todo se deja tocar por la gracia para devenir espiritual²⁷, un co-

24. Cf. L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique*, Bruselas - París, 1962: las páginas 257-272 están dedicadas a la *lectio divina*.

25. Cf. FULGENCIO DE RUSPE, *Ep.* XIV, 23: cuando, en la unidad de la persona, "el alma orienta la atención de su corazón hacia el trabajo de la *lectio divina*, sin ninguna duda es el hombre interior y no el exterior el que se nutre de ella. Por otra parte, a menudo el alma la aprovecha tanto más cuanto que el cuerpo ayuna. ¿Acaso no es para alimentarse leyendo que el alma utiliza igualmente la actividad de los órganos corporales? Ciertamente no puede leer más que con los ojos del cuerpo; pero sin embargo lo que lee con los ojos del cuerpo, lo comprende con los ojos del corazón" (CCL 91, p. 413-414).

Del mismo autor, *Ad Euthimium* I, I, 1: "Muy querido Eutimio, no puedo expresar con palabras cuánto me regocijo por tu celo. No solamente cuando estás en tu casa aplicas tu espíritu a las Escrituras celestes, sino que también frecuentas la santa iglesia con un corazón despierto; así, cuando escuchas que las palabras divinas llegan al oído externo de tu cuerpo, sacdas el sentimiento íntimo de tu alma" (CCL 91 A, p. 649).

26. Los Padres dedicaron gran atención a la espiritualidad del corazón. He aquí al respecto un texto muy denso de Drogon, abad de Saint-Jean-de Laon en el siglo XII, que comenta la aparición de Jesús a Magdalena en la mañana de Pascua: "Mujer... Aquel a quien buscas, tú lo posees, y ¿no lo sabes? Tienes la verdadera, la eterna alegría ¿y lloras? Posees en el interior a aquél a quien buscas en el exterior. ¿Verdaderamente estás allí afuera, llorando junto a la tumba? Tu espíritu es mi tumba. Y no estoy allí muerto, sino que descanso, vivo para siempre. Tu espíritu es mi jardín. Tenías razón: soy el jardinero. Soy el Segundo Adán, trabajo y cuido mi paraíso. Tus lágrimas, tu amor, tu deseo, todo eso es obra mía. Me posees en lo más íntimo de ti misma, sin saberlo, y por eso me buscas afuera. Me apareceré pues a ti también afuera, y así te haré volver a ti misma para hacerte encontrar en lo íntimo de tu ser a aquél a quien buscas afuera". (*Meditatio in Passionem et resurrectionem*, 38; PL 184, 766; cf. J. LECLERCQ, en *Revue Bénédictine* 63, 1953, p. 124-128). Texto citado por dom A. LOUF, *Seigneur apprends-nous à prier*, Bruselas, 1972, p. 59 y cap. IV y V.

27. Es interesante observar cómo aplican los Padres el término *spiritalis* a los oyentes-lectores de la Palabra. Cf. por ejemplo QUODVULTEUS: *Liber promissionis* I, XII, 18 y II, XXIX, 63 (CCL 60, p. 27, 129; SC 101, p. 193; 102, p. 439) y *Gloria sanctorum* XIII, 15 (CCL 60, p. 220) = *spiritalis lector*; *Lib. Prom.* II, XXI, 40 (CCL 60, 109; SC 102, p. 390) y *De cantico novo* I, 5) (CCL 60, p. 381) = *spiritalis auditor*.

razón capaz de meterse en la longitud de onda del Espíritu. Porque "nadie puede escuchar a un profeta si el mismo Espíritu que profetizó en éste último no le concede la inteligencia de sus palabras"²⁸. Un corazón que deviene vigilante²⁹, sediento y ávido³⁰, para emplear algunos términos que traducen la experiencia de los Padres hasta el punto de comunicar a toda la persona una carga y una tensión interior espirituales: entonces todo es percibido en la novedad del Espíritu que da vida a la letra muerta del texto impreso³¹.

Para comprender un poco esta experiencia del paso de la letra muerta a la realidad espiritual, pensemos en la diferencia existente entre una partitura musical y la misma música realmente ejecutada. A través de la lectura bíblica, nos esforzamos por captar la "música" de Dios con toda la gama armónica de sus múltiples timbres y sonidos.

No obstante, el corazón puede ser capaz de esta escucha tan particular si es de una transparencia cristalina. Las demás cualidades humanas son importantes, pero decididamente secundarias. "Entrar hasta el corazón y hasta la médula de las palabras celestiales... eso no lo obtendrá ni la ciencia humana ni la cultura secular, sino únicamente la pureza del alma por medio de la iluminación del Espíritu Santo"³², decía el abad Nesteros cuando hablaba a Juan Casiano de la ciencia espiritual.

El mismo se hace eco de la convicción de todos los maestros espirituales cuando también pone de relieve otra característica de la escucha: la humildad. "Sí, si queréis llegar a la verdadera ciencia de las Escrituras, daos prisa en adquirir una inquebrantable humildad de corazón... Un corazón impuro no podrá obtener el don de la ciencia espiritual"³³. Estas virtudes son tanto más preciosas en la búsqueda de Dios cuanto que ésta se lleva a cabo en la lectura de las Escrituras y en el estudio teológico "sapiencial". Esas son ciencias que los Padres llamaban "divinas", pero que, tanto ayer como hoy, ocultan diversos riesgos:

"El riesgo del orgullo, en la presunción de un carisma que quizás el Señor todavía no concedió; el riesgo de la curiosidad y de la evasión, buscando lo que está solamente en las manos de Dios, y apartándose por el contrario de lo que El quiere hacernos comprender ante todo: nuestra impotencia, nues-

28. GREGÓRIO EL TAUMATURGO, *Remerciement à Origène*, XV, § 179 (SC 148, p. 170).

29. Cf. entre otros el segundo texto de Fulgencio en la nota 25.

30. Cf. CESAREO, *Serm.* VII, 1: "Con la ayuda de Cristo, hermanos muy queridos, ojalá siempre podáis acoger la lectura de los textos sagrados con un corazón tan ávido y sediento que vuestra obediencia fidelísima nos cause una alegría espiritual". (SC 175, p. 339); cf. *Serm.* LXXVIII, 1 (CCL 103, p. 323).

31. QUODVULTEUS, *De cantico novo*, I, 1, 5-7: "El que desea el bautismo de Cristo, desea ardientemente una vida nueva. Que abandone pues las cosas antiguas para pasar a las nuevas... Pero, ¿cuáles son pues esas cosas antiguas que han pasado? ¿Y esas cosas nuevas? Si hay aquí un oyente espiritual, no solamente comprende, sino que ve lo que ha llegado a ser nuevo. Pero si es carnal, aunque comprenda todo a través de los ojos de la carne y nada por la punta del espíritu, responderá burlándose: te lo suplico, dime lo que ha llegado a ser nuevo. ¿Acaso contemplo un cielo distinto, o astros que brillan con un nuevo esplendor...?" (CCL 60, p. 381).

32. CASIANO, *Conl.* XIV, 9 (SC 54, p. 195).

33. CASIANO, *Conl.* XIV, 10 (SC 54, p. 195).

tro pecado, y su voluntad sobre nosotros, a la que nos pide que nos adhiramos concretamente; el riesgo de querer hacer reflexiones, de sacar de la Escritura pensamientos y respuestas, en lugar de someternos humildemente a ella en la simplicidad y la pureza de espíritu; el riesgo de disputar y de discutir sobre las diferentes interpretaciones"³⁴.

La actitud fundamental que se pide para una lectura correcta es pues la de un corazón consciente de sus propios límites, que quiere escrutar la voluntad de Dios en las palabras de Dios y saborear su presencia. Las Escrituras no son un terreno privilegiado de ejercitación en el que la inteligencia puede hacer alarde de su habilidad para trazar conjeturas e hipótesis hermenéuticas³⁵. Sin duda, como veremos, el estudio es necesario para que una *lectio divina* sea provechosa. Pero este estudio lo realiza aquél que se siente inferior frente a la Palabra, impotente ante la "majestad de las Escrituras", y que siempre tiene necesidad de la luz del Espíritu.

3. La lectura brota de la oración.

La pureza y la humildad de corazón son actitudes que también se requieren en la oración. Y, en realidad, la lectura de la Biblia, no solamente desemboca en la oración —veremos más adelante este aspecto— sino que encuentra un terreno fecundo en una vida penetrada por la oración. En efecto, no podemos acercarnos a las palabras que develan el misterio de Dios sin orar, sin estar familiarizados con El y sin pedir al Padre la luz de su Espíritu. La oración es la llave que abre los tesoros de las Escrituras³⁶. Oración y *lectio* son dos realidades complementarias en la vida cristiana³⁷.

34. L. MORTARI, "La Sacra Scrittura nei detti dei padri del deserto", p. 12-61, de *Vita e detti dei Padri del deserto*, t. I, Roma, 1975 (cita p. 26-27).

35. "Unos ancianos, entre los cuales se encontraba abba José, fueron un día a lo de abba Antonio. Queriendo probarlos, el anciano les propuso una palabra de la Escritura y, comenzando por los más jóvenes, les preguntó lo que significaba esa palabra. Y cada uno hablaba de acuerdo a lo que era capaz. Pero a cada uno el anciano le dijo: "No lo has descubierto". Por último dijo a abba José: "Y tú, ¿cómo explicas esta palabra?". El respondió: "No sé". Entonces abba Antonio dijo: "En verdad abba José encontró el camino porque dijo: No sé" (Antonio 16-17; J. CL. GUY, *Paroles des anciens: Apophtegmes des Pères du désert*, París, Seuil, 1976, p. 18).

36. ISAAC DE NINIVE, Tratado XLV: "No abordéis las palabras misteriosas de las Escrituras sin haber orado, sin haber pedido la ayuda de Dios, diciendo: Señor concédeme comprender el poder que está en ellas. Considerad la oración como la llave que abre al conocimiento de la verdad contenida en las Escrituras". Texto traducido según la edición inglesa de A.J. WENSINCK: *Mystic Treatises by Isaac of Nineveh*, Amsterdam, 1923 = Wiesbaden, 1967, p. 220.

37. CIPRIANO, *Ad Donatum*, XV: "Entrégate asiduamente ya sea a la oración, ya sea a la lectura, unas veces habla a Dios y otras que Dios te hable" (SC 291, p. 112). Cf. M. A. FAHEY, *Cyprian and the Bible: a Study in Third-Century Exegesis*, Tübingen, 1971 (*Beiträge zur Geschichte der biblischen Hermeneutik* 9), p. 32-34 donde se estudia la expresión *lectio divina* con los tres sentidos que le da Cipriano: La Escritura, la lectura privada de la Escritura y su lectura pública en la celebración litúrgica. Para el África preagustina, cf. T. P. O'MALLEY, *Tertullian and the Bible (Latinitas Christianorum Primaeva)*, 21), Nimègue, Dekker, 1967.

Tenemos que convencernos de que la oración tiene capital importancia para obtener "la inteligencia del texto sagrado. Ya Orígenes, ante un pasaje más difícil, se detenía e invitaba a sus oyentes a orar con él para obtener la inteligencia del texto sagrado. Según Orígenes, el exégeta no obtiene el sentido de un texto más que a condición de no solamente de buscarlo, sino sobre todo de orar para descubrirlo"³⁸.

Además de la oración explícita por medio de la cual pedimos ser iluminados, está la vida de oración que ayuda al creyente a comprender la Palabra. En la oración el bautizado realmente establece con Dios una relación de confianza filial, de amistad que le permite percibir las cosas de Dios, como si Dios hablara y explicara todo de un modo simple³⁹.

Hay sin embargo otros dos aspectos que entran en el campo de una lectura orante de la Biblia.

a) El primer punto, a veces descuidado, es el de la *gratuidad*. Es una dimensión que acerca mucho la lectura a la oración de alabanza. Es también una condición absolutamente fundamental para que la lectura pueda luego desarrollarse y transformarse en oración.

Cuando leemos la Escritura habría que tratar que la única preocupación fuera la de escuchar la palabra del Amigo⁴⁰. El hecho de escuchar la voz de una persona amiga da alegría incluso más allá del contenido de las palabras y de la manera de comprenderlas. Lo que llena el corazón es sentirla próxima, es que ella misma se hace presente en nuestra vida a través de su palabra. Esta última nos revela su corazón y el "co-fondo", el fondo común con el nuestro en una fuerte experiencia de profunda comunión de vida. En ese nivel de la experiencia espiritual poco a poco deviene inteligible en la lectura un texto y su mensaje más secreto. Pero todo esto sólo es verdadero si la escucha es gratuita.

Tenemos que liberarnos de esa pesada hipoteca del rendimiento que esteriliza tantas lecturas. ¿Cuántas veces, incluso antes de escuchar lo que Dios quiere decirme a mí, hoy, aquí, a medida que leo una palabra tras otra, no estoy alerta para recoger el material con el que construiré una predicación o una catequesis?⁴¹. Las

38. L. LELOIR, "La lectio divina", en *Désert et communion. Témoignages des Pères du Désert recueillis à partir des Paterica arméniens*, Abbaye de Bellefontaine, 1978 (*Spiritualité orientale*, 26), p. 256. Ese capítulo desarrolla un estudio aparecido con anterioridad: "La Lecture de l'Écriture selon les Anciens Pères", *Revue d'Ascétique et de Mystique* 47, 1971, p. 183-199.

39. GREGORIO EL TAUMATURGO, *Remerciement à Origène*, dice hablando de su maestro: "Este hombre... comprende las cosas de Dios como si Dios le hablara" (nº 181); "Dios lo ha honrado como su amigo" (176); "Dios ha concedido a este hombre el don de escrutar y de descubrir..." (177) (*SC* 148, p. 171, 169, 171). Cf. todo el capítulo XV (p. 169-171) y las páginas 71-73 de la Introducción sobre el estudio de la Escritura.

40. L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique* (*Supra*, nº 24), p. 259: "Ocurre con la lectura como con una conversación con un amigo; agrada por sí misma, y no simplemente por lo que nos informa. Ante todo hay que apartar de esta lectura toda idea utilitaria, aunque sea apostólica..."

41. Preocupación utilitaria que ya afligía a los Padres: "Abba Amon de Rhaitou interrogó a abba Sisoés: "Cuando leo las Escrituras, mi espíritu pone toda su atención en las palabras para tener algo que decir si me interrogan". El anciano le dijo: "No es necesario; es mejor adquirir para ti mismo, por la pureza del espíritu, y que estés sin preocupación, y que

lecturas hechas así no pueden más que deformar la escucha y empobrecerla en gran medida. Debemos ponernos en el plano del servicio con respecto a la Palabra y no reducir la Palabra a nuestro servicio. No tengamos temores infantiles por preocupaciones utilitarias: para sus servidores y amigos, la Palabra habitualmente no se queda muda sino que entreabre sus tesoros más escondidos⁴².

b) Como está íntimamente unida a la oración, la lectura participa en todo el proceso de desarrollo que caracteriza a esta realidad espiritual. Acabamos de decir que, en la oración, el creyente llega a una comprensión justa de la Escritura. Pero justamente porque es orante, la lectura puede volverse *oscura*; es entonces un momento de "tinieblas" espirituales. No solamente en el sentido de que en cierto punto ya no comprendemos la significación vital de un pasaje bíblico, sino más bien por el hecho de que toda la Escritura parece volverse "insignificante", sin significación y en el límite de lo absurdo; la lectura se experimenta como una carga fastidiosa, una pérdida de tiempo inútil.

Es cierto que está la fe para superar esos momentos —momentos que duran algunos días o incluso largos meses—, pero es justamente la fe la que vuelve más agudas esas situaciones quitando aparentemente al hombre toda luz interior. Se trata entonces de continuar leyendo sin gusto, sin comprender nada salvo una sola cosa: estamos en una "prueba" que únicamente la oración puede enfrentar y superar. De nada sirven los expedientes culturales para llenar el vacío del corazón. Íntimos y gravemente engañosos son los remedios fáciles, como el de recurrir a libros "interesantes" esperando que pase la tormenta espiritual. En ese caso caeríamos en una tentación de un tipo particular y perderíamos además una ocasión muy preciosa de participar de un modo serio y real en el abandono vivido por el Crucificado.

"Vivir la Palabra" no significa encontrar siempre en la Biblia una palabra de aliento y de luz. Estamos llamados a vivir el abandono en la única Palabra que puede colmar la "capacidad" del corazón humano y aclararle los diversos cambios. "Mori-

hables" (J. CL. GUY, *Paroles des anclens: Apophtegmes des Pères du désert*, París, Seuil, 1976, p. 155; Sisoës 17).

42. Escuchemos el testimonio de Mons. Keppeler, obispo de Rottenburg, respecto de la Palabra de Dios: "¡Cómo quisiera haberte conocido desde el principio en la plenitud de tu valor! Entonces habría logrado tratarTe desde el comienzo con una respetuosa familiaridad y con un respeto familiar. Pero debo lamentarme con san Agustín: Te amé demasiado tarde, oh belleza antigua y siempre nueva, Te amé demasiado tarde... En mi juventud, mi preocupación era servirte de Ti para mis predicaciones, y eso me parecía una gran sabiduría. Cuando avancé en edad, reconocí que era mucho más oportuno y justo ponerme a Tu servicio: hacer concordar mi palabra con la Tuya, modelarla sobre la Tuya, subordinarla a la Tuya. Tuve cada vez más la experiencia de que ese servicio es un señorío. En efecto, solamente a aquel que Te sirve, Tú le abres Tus departamentos y Tus tesoros más secretos y pones a su disposición Tus riquezas reales. ServirTe es nuestro orgullo y nuestra gloria. Tu palabra es el timbre armonioso y el suave perfume de nuestra palabra, la fuerza que la inflama y la hace fecunda, eficaz y victoriosa". Texto citado por B. Ebel, "Zur Frage der pneumatischen Exegese", en TH. BOGLER (éd.), *Der Mensch vor dem Worte Gottes*, Maria Laach, 1953 (*Liturgie und Mönchtum*, 3, Folge, XII), 112.

mos por hambre de amor, porque el Amor ha sido quitado"⁴³. Aquí igualmente, la humildad cristiana se muestra inmediatamente necesaria. Ella sabe enfrentar la turbación (Lc 1,29) provocada en lo íntimo del hombre por la Palabra, permanece confiada ante el silencio de esa palabra que, en su "taciturnidad", asocia al lector con la soledad del Calvario. En otros términos, a pesar de toda su riqueza —y quizás a causa de ella— la Palabra traza en la vida del creyente un camino de pobreza espiritual que cobra sentido en la oración. Y en esta misma oración, la Palabra se expande en todas las fibras de la existencia humana.

4. La lectura: una escucha en el silencio.

No es necesario demorarse en este aspecto: todos los que desean escuchar a alguien, buscan permanecer en silencio. En un diálogo hay alternancia de palabras y de silencios por parte de los dos interlocutores. Pero, cuanto más importancia tiene la persona a quien escuchamos, o cuanto más interesante es el objeto de la conversación, más cuidado tendremos no sólo de permanecer en silencio, sino también de establecer el silencio en la pieza donde nos encontramos.

Pensemos tan sólo en un llamado telefónico importante recibido en un local ruidoso: cuántos esfuerzos para ser todo oídos, cuántos signos también para hacer callar a los asistentes, para hacer bajar el volumen de la radio y de la televisión... Desgraciadamente cuando aceptamos la invitación del Señor a una conversación a fin de dejarnos conducir por las Escrituras —"tomando por guía el Evangelio", diría san Benito— no siempre vivimos en silencio y todavía es más difícil vivir el silencio como estilo de vida que favorece la escucha⁴⁴.

En una atmósfera ruidosa, sobre todo donde se conversa sobre varios temas y donde hay movimiento sin cesar, es casi imposible hacer silencio, aun cuando no participemos personalmente en el trajín de los demás. No basta callarse, no decir palabras. Eso es lo mínimo; es la condición indispensable para adquirir ese silencio interior que es rapidez en la escucha, capacidad de recogerse en la Palabra y de dejarse invadir por ella, vivo sentimiento de gozo y de interés por un diálogo "de tú a tú" con Dios, fuerza también para soportar el "mutismo" de Dios sin buscar esquivas evadirse o provocar y favorecer distracciones con mil pretextos, incluido el de una caridad que "urge"... ¡Como si no fuera un acto de amor ponerse en presencia de Dios en la fe, en particular cuando los sentidos y las facultades intelectuales están mortificados y tal vez experimentan disgusto!

43. H. U. v. BALTHASAR, "Meditation als Verrat", en *Geist und Leben* 50, 1977, p. 260-268. Podemos aplicar a la relación vida religiosa *lectio* lo que el teólogo suizo escribe respecto de la meditación, por ejemplo p. 266: "No podríamos causar a la Iglesia una herida más profunda y más mortal que la siguiente: que las Órdenes religiosas abandonen el lugar expuesto de su meditación cristiana, que tienen que practicar en nombre de toda la Iglesia y del mundo entero, para retirarse detrás del parabrís de la meditación no-cristiana e instalarse allí confortablemente. Esta defección no podría calificarse más que como traición al Amor crucificado de Dios..."

44. Un hecho es sintomático: en las obras de espiritualidad de la Antigüedad y de la Edad Media a menudo se encuentran asociados los capítulos que corresponden al silencio y a la lectura-meditación.

Este último silencio "ascético" debería ser vivido con una gran lealtad. En este caso, demasiado a menudo, cuando la Palabra ya no dice gran cosa, o no dice nada interesante, ya no tenemos el coraje de prepararnos como conviene al diálogo con Dios. Incluso, no tenemos el coraje de permanecer silenciosos y a la espera. Una espera que hasta puede agobiar, que entra en la dinámica de la oración de la que apenas hemos hablado (la "noche" de los sentidos y de la inteligencia). Una espera que permite sin embargo que la Palabra lleve a su término su período de "gestación" espiritual y produzca sus frutos en el momento querido. Demasiadas cosas, en la vida cristiana e incluso en la vocación religiosa, sofocan hoy el silencio y la disponibilidad necesarios para una verdadera escucha de la Palabra. De la misma manera que una pequeña nube puede ocultar el sol, las palabras inútiles y fuera de lugar oscurecen el corazón que la Palabra estaba por iluminar⁴⁵.

Si no aprendemos a estar en silencio, a llenar el vacío que causa la falta de palabras con la presencia de la única Palabra, corremos el gravísimo peligro de no lograr vivir ni siquiera un silencio orante después de la lectura: un silencio sorprendido y atónito que ya no se arriesga a expresar con palabras la sobreabundancia de ese amor de Dios que la Palabra nos ha como entreabierto por la lectura.

5. La lectura: la Palabra entra en el tiempo del hombre e introduce al hombre en el tiempo de Dios.

Podemos considerar bajo diferentes aspectos las relaciones entre la lectura y el tiempo. Nos limitaremos a examinar brevemente tres puntos de vista que indudablemente no agotan toda esta vasta problemática.

a) ¿Qué duración y qué momentos debemos dedicar a la lectura?

Es una pregunta que siempre se nos plantea... Aparte de algunas respuestas concretas y precisas que varían según el medio y la época, existen algunos principios generales que deberían ser válidos para todos los religiosos, cualquiera sea la específica orientación de su vocación.

Respecto de la *cantidad* de tiempo que hay que dedicar a la lectura: como mínimo debe comprender la duración normalmente necesaria para una conversación fraterna con otra persona. Es un principio evidentemente flexible, pero que no permite —y decimos esto de modo más absoluto— hacer de la lectura bíblica un gesto impersonal, ridículo o casi inútil, una verdadera burla —¡en algo donde se trata de Dios! Es mejor no ser puntilloso fijando el número de minutos: debemos obrar con Dios por lo menos con las disposiciones interiores que animan una conversación con un amigo. Aquel que tiene más tiempo a su disposición —es decir que está libre de las ocupaciones que pide la obediencia— tendrá la alegría de poder conversar con Dios más largamente; no porque sea imposible rezar incluso durante el trabajo, pero aquí hablamos de la específica conversación que es la *lectio*. Por el contrario, a veces sólo podremos dedicar a la lectura un poco de tiempo. Busquemos entonces concentrarnos al máximo en el texto durante ese breve intervalo, y el hecho mismo de abreviar esa conversación será de todos modos como un motivo

45. ISAAC DE NINIVE: "Una nube oculta el sol; igualmente la charla tapa al alma que había comenzado a ser iluminada por la oración contemplativa" (*Traité* XLV, trad. Wensinck, p. 218).

de sufrimiento —y no el alivio de haber despachado por fin una “práctica” fastidiosa, cumplida a regañadientes porque la Regla lo manda. Con los antiguos, debemos *lectioni vacare*: encontrar en la jornada tiempo libre de toda otra ocupación para poder “descansar” sin ninguna otra preocupación en el *otium* de un encuentro amistoso lleno de vida y de regocijo.

Pero no basta con controlar y asegurar exacta y continuamente la cantidad de tiempo necesario para la lectura. Es aún más importante examinar la *calidad* del mismo. Aquí también, para no perdernos en teorías abstractas, basta con preguntarnos qué tiempo ofrecemos a un amigo muy querido o a un Superior Mayor para una conversación amistosa e informal. Es poco probable que en esos casos escojamos los momentos más difíciles: aquellos en que estamos acosados por las ocupaciones —y a veces por las preocupaciones que absorben toda nuestra energía— o si no incluso aquellos momentos en los que, muertos de cansancio y cayéndonos de sueño, ya no conseguimos hacer nada. ¿Por qué dar a Dios lo peor de nuestro tiempo?

Hoy fácilmente acusamos al secularismo de haber corrompido la vida religiosa. En parte es verdad. Pero más que ver siempre los aspectos negativos de las cosas, sería interesante reagrupar todos los elementos positivos que el secularismo proporciona al religioso, por ejemplo cuando lo lleva a un sentido más realista de la vida humana y religiosa. Raramente las dificultades espirituales provienen de una causa externa. El punto crucial siempre es el corazón que, debilitado por el pecado, se deja seducir por mil ocasiones. El problema del tiempo que hay que dedicar a la lectura no es de hoy, es de siempre. Porque tanto hoy como ayer, muy frecuentemente no tenemos tiempo para las cosas de Dios, y despilfarramos minutos y horas enteras en charlas inútiles y en ocupaciones fútiles que nos incitan a todo, salvo al amor a Dios y al prójimo⁴⁷.

Desde este punto de vista, puede ser útil hablar también de los medios de comunicación y de información, en particular de los diarios, de la radio y de la televisión. No son realidades negativas. Son descubrimientos que honran a la inteligencia humana: la Iglesia y los creyentes pueden y a veces deben utilizarlos para la difusión y edificación del Reino de Dios. Però en todo hay una medida, en todo debe conservarse la libertad y la honestidad de los hijos de Dios.

No podemos leer todos los diarios y mirar todos los espectáculos como si los religiosos fueran simplemente invulnerables. No podemos hojear con avidez los diarios desde la primera hasta la última página pasando horas en una ociosidad que se esconde detrás de un aparente interés por los acontecimientos del mundo. No es legítimo despilfarrar horas ante la pantalla devorando toda clase de trivialidades y dando como excusa que hay que mantenerse al corriente. Y no basta con rehusar ver solamente los espectáculos ilícitos o perniciosos. Incluso las emisiones

47. CESAREO, *Serm.* VI, 1: “Hermanos muy queridos, cuando os exponemos algo útil para vuestras almas, que nadie intente excusarse diciendo: no tengo tiempo de leer, y por eso no puedo conocer los mandamientos de Dios ni observarlos. Que ninguno de vosotros vaya a decir tampoco: no sé leer... En cuanto al que sabe leer, ¿acaso no puede procurarse libros donde pueda leer con toda tranquilidad la Sagrada Escritura?”

Alejémonos de las vanas palabrerías y de las bromas mordaces; rechacemos tanto como sea posible las palabras ociosas e inconvenientes y veamos si no nos queda tiempo para dedicar a la lectura de la Sagrada Escritura... Huyamos de esas diversiones perniciosas que debilitan el alma y el cuerpo y veremos que nos queda tiempo para pensar en la salvación de nuestra alma” (SC 175, p. 321).

"limpias", debido a la asociación palabra-imagen, penetran en el espíritu y en el corazón de los telespectadores y anulan la capacidad y la fuerza necesaria para una atenta escucha de la Palabra. Con mil pretextos, a veces culturales a veces religiosos y piadosos, quitamos a Dios el tiempo del cual es el Señor y que debemos entregarle sin demora.

Recordemos en esta oportunidad todo lo que hemos dicho de la oración y del silencio. Siempre es una cuestión de fe. En última instancia, se trata de estar convencidos de que en la vida religiosa no deben contar las noticias del mundo, sean ellas hermosas o desagradables, sino esta Noticia gozosa y liberadora que se identifica con la Palabra hecha carne: Cristo, Redentor de los hombres.

b) Una vez fijado responsablemente un tiempo de lectura, debemos aprender a utilizarlo de la manera más conveniente. Entre otras cosas, hay que acostumbrarse a leer la Biblia con un cierto ritmo que imponen cada vez las mismas Escrituras. En primer lugar, no es conveniente leer durante todo el tiempo de la lectura. Es fundamental también respetar las unidades literarias: grupos de versículos o de capítulos. Si recordamos que la lectura es solamente la *lectio divina*, conviene leer relativamente poco. Y por lo tanto, un pasaje que pueda insertarse armoniosamente y sin forzar en un ritmo de meditación y de oración.

En todo caso hay que evitar deformar la Palabra queriendo leer en un tiempo dado una determinada cantidad de texto. Lamentablemente la *lectio biblica* todavía no se ha liberado de un hábito que se ha introducido en el campo de la lectura corriente, pero también sería. "Se ha puesto de moda considerar como ideal la lectura hecha a la mayor velocidad posible; se hace la propaganda de una técnica que permite leer tres páginas por minuto. Vaya y pase cuando se trata de leer periódicos. Pero no puedo ejecutar un *adagio* de Bach *presto*: en esto nadie admitiría como argumento que tocando *presto*, puedo ejecutar en el mismo intervalo cinco *adagios*, cuando en realidad no habría ejecutado ninguno⁴⁸. Esta salida de un gran exégeta debería estimularnos en la búsqueda de una manera personal de leer la Palabra de Dios que corresponda a su ritmo justo y le concede el tiempo conveniente y necesario.

c) Sin embargo el aspecto más interesante de la relación lectura-tiempo concierne a la *contemporaneidad*: por ese proceso de la *lectio* —y de una manera particularmente eficaz por medio de la escucha litúrgica—, el lector oyente suprime toda diferencia de tiempo y se convierte en contemporáneo de Cristo⁴⁹. Y en Cristo él se encuentra estrechamente asociado a un único y mismo destino en el cual se desenvuelve toda la historia que abarca las vicisitudes de la historia humana desde Adán hasta el fin de los tiempos.

En la fe, el corazón del creyente se mueve libremente a través del pasado y del futuro⁵⁰: en la verdad de Cristo salva todas las distancias y vive ya en el eterno pre-

48. Luis ALONSO SCHOKEL, *La Parole inspirée (Lectio divina, 64)*, París, Cerf, 1971, p. 253 (y traducción italiana, Brescia, 1967, p. 251).

49. Esta temática de la contemporaneidad fue profundizada especialmente por S. Kierkegaard. Ver por ejemplo P. MESNARD, *Le vrai visage de Kierkegaard (Bibliothèque des Archives de Philosophie)*, París Beauchesne, 1948, p. 377-380; G. SCHOLTENS, "Schrift-meditatie bij Soren Kierkegaard", *Tijdschrift voor geestelijk leven* 31, 1975, p. 233-241.

50. Ver sobre todo los textos de san León comentados por J. PINELL, *Paschale Sacramentum nei sermoni di San Leone Magno*, Roma 1976, p. 11, 13, 42, 43 y passim.

sente de Dios. No podemos subestimar esta toma de conciencia histórica y espiritual de nuestra inserción en el designio salvífico de Dios. Más que damos amplios conocimientos sobre Dios y sobre la historia de la salvación, la *lectio* nos hace entrar en lo vivo de esa historia: a través de su Palabra, Dios nos llama a ser sus actores con El.

6. Una lectura del texto sagrado que se convierte en escucha de una persona.

Todo lo que dijimos hasta aquí pone en evidencia un aspecto que no podemos omitir. En el fondo, la lectura de la Biblia —aun cuando la leemos materialmente— no es una lectura, sino una escucha o una no-escucha: la acogida o el rechazo de una Persona. De ahí viene una exigencia interior: desarrollar la facultad que nos permite establecer un diálogo, estar dispuestos a dejarnos interpelar por la Palabra. En esta perspectiva hay que darse cuenta cada vez más de que existe interdependencia estrecha entre la escucha de las diferentes realidades que vienen a golpear la puerta de nuestro corazón: la voz de los hermanos, los signos de los tiempos, las maravillas y las catástrofes de la naturaleza, la voz de Dios...

Aquel que es indiferente a sus hermanos y que vive en una comunidad de personas que para él están como "ausentes" ¡aun cuando lleve vida común!— no podrá percibir la presencia de Dios en el texto bíblico. En todas las situaciones se encontrará bloqueado, fuertemente replegado sobre sí mismo. Cuanto más, escuchará en la Palabra el eco de sus propias palabras⁵¹, encontrando en ellas por todas partes motivos muy plausibles para defender su propio egoísmo aún con más tenacidad. Pero también sigue siendo cierto que en la medida en que alguien logra percibir la voz de Dios a través de las Escrituras, se vuelve más sensible a sus hermanos y su capacidad de escucha crece progresivamente.

En las relaciones con la naturaleza, es evidente que hay, por ejemplo, diferencia enorme entre percibir el agua como H₂O y captar la misma realidad como "nuestra hermana agua" cantada por san Francisco lleno de asombro. El primer conocimiento es sin duda técnicamente exacto, pero es el segundo el que hace entrar en lo profundo de la realidad. A cada hombre le corresponde desarrollar en él un germen "poético" gratuito, libre de las trabas de la mentalidad racionalista; solamente en esas condiciones superamos un conocimiento técnico —exacto pero siempre superficial— y somos capaces de gustar el contenido profundo.

En otras palabras: la escucha verdadera y sabrosa de las Escrituras sólo es posible en una vida que se convierte totalmente en escucha, que se vuelve capaz de resonancias espirituales en el nivel profundo de la experiencia personal. No son las personas las que deben ser aplanadas y cosificadas: todas las realidades, incluso las "cosas", son personalizadas. Los hermanos y la naturaleza son dos campos donde es posible verificar cada día si nuestra práctica del encuentro con las personas es auténtica o no; e igualmente, a través de nuestra mirada sobre la naturaleza, podemos

51. Es un riesgo de siempre; ver por ejemplo FAUSTINO (sacerdote del siglo IV), al escribir contra la interpretación arriana de Jn 1: "Las divinas Escrituras se nos ofrecieron para que conformáramos nuestra fe a su verdadero sentido y no para que introdujéramos nuestros propios pensamientos en las sagradas palabras... No le está permitido al intérprete pensar diferentemente de lo que está escrito..." (*De Trinitate* 3 (1, 2); CCL 69, p. 298).

darnos cuenta si nuestro corazón es límpido u opaco, paralizado por un frío racionalismo o rebosante por la alegría de descubrir en todas partes un nuevo aspecto de la belleza de Dios.

En realidad, la escucha toca las fibras más profundas del hombre y envuelve a toda la persona en su globalidad y en su unidad: por eso es muy útil unir a la escucha de un pasaje bíblico la visión de alguna representación u objeto que facilite su asimilación espiritual. Ocurre lo mismo que cuando hablamos con una persona: sus palabras nos penetran mucho más cuando el interlocutor está presente. Entonces se expresa también por medio de la mirada y de los gestos; pensemos por ejemplo en una conversación donde los interlocutores se ven directamente y en otra por teléfono. De la misma manera, en la lectura de la Biblia, puede ser muy útil, entre dos versículos o al terminar un pasaje, fijar la mirada en un punto de la naturaleza o en una imagen particularmente expresiva como son los íconos⁵². Ese es el método de la *Bildmeditation*, de la meditación sobre una imagen, que debería ser mejor apreciada tanto en el campo de la catequesis como sobre todo en el de una lectura que quiere interiorizar la Palabra.

A cada uno le corresponde, y a las comunidades como tales, encontrar los medios eficaces para que la lectura no se reduzca simplemente a recorrer las páginas de la Biblia, sino que se convierta en un encuentro que siempre cautive por el carácter personal de la presencia de Dios en su Palabra. La experiencia corriente nos muestra que a veces un escrito de un desconocido no nos interesa mucho, aun cuando objetivamente su contenido sea positivo. Pero en la medida en que conocemos y queremos a una persona, comprendemos mejor y gustamos más lo que ella escribe. Es el conocimiento de Dios como Persona lo que sostiene el esfuerzo en la lectura y estimula su dinamismo: así se profundiza cada vez más el vínculo entre el hombre y el Espíritu que inspiró las Escrituras.

7. Una lectura meditada.

Una lectura practicada aproximadamente según los criterios que acabamos de exponer no se detiene en una aproximación superficial y fortuita de las Escrituras. Necesariamente tiende a dilatarse, a profundizarse, a buscar la inteligencia espiritual del mensaje que Dios quiere comunicarme hoy. Este esfuerzo que ahonda en la letra de la Biblia es la *meditación*. Más que una investigación técnica en el nivel de la hermenéutica, la meditación de la Biblia fue considerada por los Padres como una *rumia* continua, una incesante repetición de la Palabra hasta poseerla —para ser poseído por ella—. La *rumia* no excluye de por sí una reflexión atenta, pero su fin específico es llegar a una *mentalidad* bíblica, a un estilo de pensamiento y de acción. No obstante, el fruto principal de la meditación no es simplemente comprender el texto, sino vivir ese texto, hacerlo nuestro de manera de no poder ya separarlo del resto de la vida. Esto sucede cuando todo el pensamiento, el obrar

52. La "Teología de la Palabra" podría utilizar con provecho las reflexiones desarrolladas ayer y hoy sobre la relación idea-realidad en las imágenes, y en particular en los íconos. Cf. por ejemplo P. EVDOKIMOV, *L'Art de l'icône: Théologie de la beauté*, París, Desclée de Brouwer 1972, passim, pero en particular p. 153-156: "Teología de la presencia".

y el mismo lenguaje del lector se "con-fundèn", se funden con el modelo bíblico, hasta el punto de ya no poder distinguirse claramente. Basta pensar —por lo menos en el nivel del lenguaje— en el Pseudo-Dionisio o en san Bernardo⁵³: dos casos en los que todo esto se realizó en una de las maneras más evidentes.

En la antigüedad, la meditación estaba favorecida por el hecho de que gran parte de la Escritura se aprendía de memoria: así llegaban a ser capaces de repetírsela con suma facilidad⁵⁴. Esta rumia de la Biblia y esta reflexión sobre su contenido, aunque por un lado favorecían el recogimiento volviéndolo fructífero, desempeñaban también otro papel: no permitir que pensamientos inconvenientes o inútiles se apoderaran de las facultades humanas⁵⁵.

Sin excluir de ninguna manera las indicaciones complementarias que se han dado a lo largo de los siglos respecto de la meditación —pensemos en las escuelas carmelitana e ignaciana—, indudablemente sería provechoso retomar hoy la práctica de rumiar las Escrituras. Un proverbio dice que "la gota de agua horada la roca"; así una breve palabra bíblica será capaz de hacer brecha en un corazón endurecido por el pecado o por la indiferencia. Análoga experiencia encontramos en el protestantismo de origen pietista. Todo verdadero fiel cada día recibe la indicación del versículo bíblico que deberá ser para él la "consigna" (*Losung*) de toda la jornada. Para los religiosos, esta última podrá encontrarse fácilmente en una expresión gustada especialmente en el transcurso de la *lectio*, o bien en un versículo sugerido por la Liturgia, por ejemplo el estribillo del salmo responsorial, el versículo del Alleluia de la Misa, o incluso un pasaje sacado de las lecturas breves de la Liturgia de las Horas.

53. Sobre el Pseudo-Dionisio, ver el estudio de P. SCAZZOSO, *supra*, n. 2. Para san Bernardo, en la actualidad el trabajo fundamental es el de D. FARKASFALVY, *L'inspiration de l'Écriture Sainte dans la théologie de saint Bernard* (*Studia Anselmiana* 53), Roma, 1964; bibliografía en las páginas 13-18.

54. Es ejemplar el caso de los monasterios pacomianos: "El monje pacomiano debe meditar la Palabra de Dios a toda hora: al ir a la sinaxis y al volver; al dirigirse al refectorio o a su celda. Debe hacerlo cuando va al trabajo y mientras trabaja, ya sea solo, ya sea en común, según la naturaleza del trabajo. Debe también meditar cuando realiza cualquiera otra función dentro de la comunidad, por ejemplo al distribuir el postre en la puerta del refectorio, o al golpear la simandra para convocar a los hermanos. También pasa sus noches de vigilia meditando las Escrituras". A. VEILLEUX, *La Liturgie dans le cénobitisme pachomien au IV^e* (*Studia Anselmiana* 57) Roma 1968, p. 268-269; cf. p. 262-275.

55. FULGENCIO DE RUSPE, *Epist.* II, 37 (XXI), escribe a la viuda Galla: "Busca siempre lo mejor, orienta tu alma hacia el progreso en la virtud. Nunca abandones el estudio de las palabras divinas, encuentra todo el placer de tu corazón en las Sagradas Escrituras. No te dejes atrapar por los lazos del amor del mundo y triunfarás fácilmente del diablo". (*CCL* 91, p. 211). Igualmente CESAREO, *Serm.* XLV, 4: "Numerosos son los pasajes en las Sagradas Escrituras donde nuestro Señor nos anuncia las recompensas de los santos y donde amenaza a los pecadores con suplicios... Si muy frecuentemente queremos, ya sea leerlos nosotros mismos, ya sea escuchar con agrado a los demás cuando nos los leen, nunca nos podrán sorprender los malos pensamientos" (*SC* 243, p. 353).

A veces los Padres exhortan a leer la Biblia antes de dormirse, para orientar en lo posible el pensamiento hacia las realidades divinas durante el descanso y los sueños, y durante las vigiliat nocturnas; cf. ISAAC DE NINIVE, *Traité* LXXI (Wensinck, p. 330 s.).

Es evidente que la Biblia, así pormenorizada y asimilada, se transforma en oración: la palabra de Dios se carga de toda la experiencia humana, la purifica y vuelve al Padre como la expresión filial del agradecimiento, de la alabanza y de la súplica.

8. Una lectura orante que se convierte en vida.

Está fuera de duda que en la meditación cada uno de los versículos bíblicos tiene a transformarse en oración: son las cortas y frecuentes "oraciones jaculatorias" que jalonan la jornada y todos esos intervalos, incluso pequeños, que si se dejaran "libres", facilitarían la disipación del espíritu. Igualmente, las lecturas prolongadas, nacidas en un clima de oración nutren de inmediato la oración de toda la vida. La Biblia, dice san Cesáreo de Arlés, es como una carta enviada al hombre desde su patria definitiva, el paraíso, para invitarlo a reunirse con sus padres y sus amigos⁵⁶.

Por la Palabra, el corazón es impulsado continuamente a buscar más allá de la letra del texto e incluso más allá de su propia vida: ella nos abre a un coloquio con Dios; expresada en términos humanos, esta conversación en realidad se desarrolla en un nivel divino. La *lectio* se abre al infinito de Dios y lleva a ese océano sin límites al lector dócil a la conducción del Espíritu; nos encontramos aquí ante los insondables misterios divinos y "uno nunca termina de escrutar la Escritura porque cada uno encuentra en ella un motivo permanente de realizar progresos hacia lo mejor, hacia una perfección que se aleja siempre más"⁵⁷. Verdaderamente, mientras que, en un silencio maravillado, nos quedamos como fascinados frente a la realidad de Dios que en adelante brilla en el horizonte de nuestro corazón, sentimos toda la insuficiencia de la creatura. Esos son precisamente los pasos que conducen a la contemplación: "Cuanto más uno se sumerge en las Escrituras, más se alarga el camino y se extiende hasta el infinito... y cuanto más uno penetra en él, más se encuentra con lo incomprensible"⁵⁸. Sigue entonces toda una sucesión de sentimien-

56. CESAREO, *Serm. VII*, 2: "Y presten bien atención, hermanos muy queridos: las Sagradas Escrituras se nos han transmitido como cartas provenientes de nuestra patria. Nuestra patria, en efecto, es el paraíso... nuestro rey es Cristo... El se ha dignado enviarnos, por intermedio de los patriarcas y de los profetas, las Sagradas Escrituras, como cartas de invitación, por medio de las cuales nos invitaba a nuestra eterna y primera patria" (SC 175, p. 341).

57. BASILIO, *Préambule aux Règles morales, Profession de foi*, 3 (PG 31, 684 a: trad. de L. Lèbe, *Les Règles morales*, Maredsous, 1969, p. 42). Hay que leer todo el capítulo.

58. ORIGENES, *Homélies sur les Nombres XVII*, 3 (SC 29, p. 348-350). Orígenes interpreta en Nm 24, 5-6 las "casas de Jacob" y las "tiendas de Israel". Ver las páginas 58-59 de la Introducción de A. Méhat (n. 38) sobre esta "búsqueda infinita" de Dios que desarrolla Orígenes al comentar las etapas de los Hebreos.

Es uno de los puntos donde aparece con más evidencia la dimensión mística del contacto con la Palabra. Los caminos a Dios pueden ser diversos, pero la experiencia, una vez llegada a su término, trasciende la variedad de las rutas de acceso. Ver por ejemplo CATALINA DE SIENA, *Le Livre des Dialogues, Traité de l'obéissance*, cap. 167: "Oh Trinidad eterna, eres un océano profundo: cuanto más me abismo en él, más te encuentro allí; cuanto más te descubro, más te busco. Tú nunca apaciguas; cuando, en ese abismo, el alma quiere saciarse de ti, no lo consigue: siempre se queda hambrienta, siempre está sedienta de ti" (trad. de L.P. Guigues, París, Seuil, 1953, p. 600).

tos opuestos: turbación, súplica, agradecimiento, alabanza, gozo, serenidad, embriaguez. Más allá de todo esto, se capta que la Escritura forma un todo con el lector, que ella se adapta a sus capacidades concretas y a su progreso espiritual.⁵⁹

Temor y amor apasionado, acción de gracias y embriaguez espiritual no son, por otra parte etapas de un camino rectilíneo. Son más bien modalidades de nuestra reacción frente a Dios, según las posibilidades y las debilidades de cada uno; son momentos que continúan entrecruzándose en la vida de cada día. En ella, la Palabra se abre paso, quebrando cotidianamente las resistencias, superando los obstáculos que cada tanto se le presentan en el camino de la fe y de la oración.

En ese nivel de oración y de contemplación, la familiaridad con la Palabra permite comprender toda la alternancia de nuestras reacciones: el corazón, que quizás en un primer tiempo permanecía indiferente, gusta la Palabra, vive de ella y obtiene un gozo insospechado de ella. Pero al mismo tiempo experimenta la precariedad de su propia condición, la sequedad y la insuficiencia de su propia respuesta, el sufrimiento desgarrador de verse todavía lejos del conocimiento pleno. De ahí provienen periódicamente las angustias, los miedos, los descorazonamientos que ponen un límite realista en el horizonte humano del gozo, del entusiasmo, del éxtasis espiritual en el que uno se pierde en Dios, en el que uno se deja arrullar por el eco que suscita en un corazón ardiente la voz del Amado.

Viene luego el momento en que uno no escucha y no lee ya nada en particular, en el que la atención ya no logra concentrarse en un pasaje determinado; se está totalmente a la escucha, en la pura escucha de Dios que llena completamente el corazón. Esto significa que, a pesar de todos los aplazamientos, finalmente nos hemos dejados conducir hasta la contemplación del Verbo. En el creyente que, dócil al Espíritu, vive en adelante toda la Palabra, el Padre mismo contempla al Verbo encarnado: el hombre deviene entonces una "teo-logía" viviente⁶⁰.

En la cumbre de la *lectio* el cristiano ya no vive él, sino que es Cristo quien vive en él. El creyente se transforma en una palabra palpitante de amor divino que el Padre comunica a sus hijos por la mediación de todos los que, al vivir la Palabra, devienen sus intérpretes auténticos. La *lectio* desemboca pues en la contemplación y en la acción.

En todo ese dinamismo de la *lectio*, la Palabra de Dios penetra en la persona, la transforma, colma sus lagunas y la orienta de un modo decisivo hacia una vida de caridad que se traduce en oración contemplativa y en acción consagrada al servicio de los hermanos. De este modo, estamos bien lejos de hacer de la Biblia una colección de pensamientos que se emplean de tanto en tanto, que se abre al azar, y en la que quisiéramos encontrar a todo precio la respuesta al problema que nos inquieta. Ese procedimiento —extendido en muchas comunidades "neocatecumenales" y "carismáticas"— es muy discutible en muchos aspectos. El uso que debe hacer el religioso de la Biblia es muy diferente; no se trata de "consultar" la Biblia de tanto en tanto, quizás incluso en momentos críticos, sino más bien de ponerse a

59. Es una experiencia que fue subrayada por san GREGORIO MAGNO, sobre todo en *Hom. VII, 8 in Hiez. I*: "Las divinas palabras crecen con aquel que las lee; cuanto más profundamente se las considera, más se las comprende a fondo..." (CCL 142, p. 87).

60. Cf. B. BAROFFIO, "Bibbia e vita di fede (Appunti per una lettura spirituale della Parola)", en *Presenza Pastorale*, 48, 1978, p. 658-671, en particular p. 664.

la escucha permanente de la Palabra y de hacerlo de manera que ella hable a lo íntimo del corazón.

II. LECTIO DIVINA

ESTUDIO Y COMUNIDAD

De todo lo que hemos dicho hasta aquí —en particular cuando subrayamos el papel del corazón, la prioridad de una escucha espiritual y de una conversación personal— se podría sacar una impresión errónea: la *lectio* sería algo intimista y anti-intelectual y que interesaría únicamente a cada uno tomado aisladamente. Por eso ahora es tiempo de abordar por lo menos otros dos aspectos que equilibrarán la visión de conjunto.

La *lectio* es un acto serio y exige un estudio serio. Además, si bien concierne en primer lugar al individuo, éste no la realiza sin toda la comunidad religiosa. Los religiosos no deberían pues recuperar solamente la dimensión espiritual de la lectura bíblica: hay también otros dos sectores —el estudio y la *lectio* en comunidad— en los que tienen que comprometerse con un esfuerzo sostenido de renovación.

1. Lectura y estudio.

“El estudio científico de la Escritura proporciona un servicio precioso a la misma oración y a una vida que se inspira en ella: ayuda a comprender la dinámica de la historia de la salvación y las circunstancias concretas en las que Dios habla y solicita una respuesta de vida y de oración. El que lee la Biblia con la única esperanza de recibir consuelo, sin estar dispuesto a corresponder como co-actor de la historia de la salvación, rompe el dinamismo de la Palabra divina y ve desvanecerse su propio objetivo. Pero el que estudia el texto sagrado de un modo solamente crítico, sin espíritu de oración, tampoco se encuentra en esa longitud de onda que permite captar su verdadera significación”⁶¹.

Unir la iluminación por el Espíritu y el esfuerzo de aplicación de la inteligencia no es tan sólo una exigencia actual. Ya para Orígenes “la relación entre el texto sagrado y el cristiano no se presenta de una manera estática, como la adquisición pasiva de un contenido dado con anterioridad, sino más bien de una manera dinámica, como un esfuerzo por parte del cristiano para penetrar cada vez más a fondo en el inagotable sentido de la palabra divina, y esto en relación con su propio progreso hacia la perfección y con su perseverancia en el esfuerzo”⁶². No basta que la *lectio* se inserte en una corriente de oración; si no estuviera sostenida por un estudio serio, correría el riesgo de volatilizarse en un espiritualismo de mala ley.

61. B. HARING, art. “Prière”, *Dictionnaire de la Vie Spirituelle*, París, Cerf, 1983.

62. M. SIMONETTI, Introducción a ORIGENE, *I. Principi (Classici delle religioni. La religione cattolica)*, Turín, 1968, p. 92. Sobre Orígenes cf. H. DE LURAC, *Histoire et Esprit. L'intelligence de l'Écriture d'après Origène (Théologie, 16)*, París, Aubier, 1950. Leer en particular la conclusión (p. 374-447) sobre la lectura “espiritual” de la Escritura a través de los siglos.

Es preciso que el hombre proporcione a la misma un cuidado atento y prolongado, signo de su disponibilidad para recibir el Espíritu que iluminará el texto volviéndolo inteligible⁶³.

Frente al misterio de Dios, el religioso se esfuerza por liberar su fe de todas las superestructuras, de todos los condicionamientos que lo entorpecen; y a la luz de esta fe, reforzada por la razón, incluso las páginas de la Biblia se volverán elocuentes. No se trata de querer escrutar los misterios más allá de la razón humana, ni tampoco de ceder a los vuelos de la imaginación. El primer esfuerzo del creyente es saber leer el designio de Dios en las Escrituras de la manera más sugestiva, pero también de la manera más objetiva posible. Y para eso, el estudio ordinariamente es más necesario que nunca: un estudio hecho de manera progresiva, adaptado a la capacidad y a la preparación de cada uno; un estudio que examine de modo sistemático los problemas críticos más importantes; que despeje el terreno de los prejuicios y de los obstáculos, que haga más accesible al texto gracias al análisis de los géneros literarios (sobre todo para los Salmos) y del trabajo redaccional (en particular para los Evangelios).

Este estudio sapiencial de las Escrituras exigirá necesariamente ser extendido al examen de algunas cuestiones teológicas —tanto dogmáticas como morales y espirituales. En efecto, si es cierto que la Sagrada Escritura conduce a la renovación de la teología —ella es su alma⁶⁴—, no es menos cierto que esta “alma” se inserta en un contexto teológico preciso a fin de poder realizar y desplegar plenamente lo que contiene.

De esa relación con la *lectio* surgen para el estudio algunas consecuencias no desdeñables que se refieren al conjunto de la vida religiosa. He aquí algunas:

a) En el caso de religiosos sacerdotes, que su estudio, tanto de la Escritura como de la teología en general, no se limite solamente a una preparación “profesional” en vistas al sacerdocio. La teología —en el sentido *plenior* del término— es una dimensión permanente de la vida consagrada; acompaña y, en lo posible, precede a todo compromiso político y social.

b) En las condiciones en que de hecho se encuentran numerosísimos religiosos no sacerdotes —y es el caso de todas las religiosas activas—, un redescubrimiento de la Biblia, con un serio esfuerzo por vivir cada día la *lectio divina*, elevaría sin ninguna duda tanto el tono espiritual y cultural de cada uno como el del conjunto de la comunidad. No se trata de hacer de todos los religiosos profesores de exégesis o de teología. Pero todos los religiosos, como consagrados, deben tener el gusto de leer la Palabra, deben encontrar la plenitud de su vocación en un incesante diálogo con Dios que la *lectio* alimenta de una manera particular.

c) De estos dos primeros puntos se desprende un tercero que plantea un problema en el plano concreto. La preocupación principal del religioso debería ser la

63. SIMONETTI, *ibid.*, p. 298, n. 11: “El Espíritu Santo, no solamente inspira a los hagiógrafos del Antiguo y del Nuevo Testamento sino que da la posibilidad de penetrar en ellos a los lectores que lo hayan merecido por sus esfuerzos...”.

64. Cf. todo el interesante estudio de L. LELOIR, “La Sainte Ecriture, âme de toute théologie”, *Seminarium*, 1966, p. 880-891.

orientación de toda su vida —pensamientos y acciones— hacia Dios; tanto en la oración como en un impulso de amor que lleva a la acción y arrastra consigo a los hermanos. Esta orientación encuentra su punto de apoyo en la oración, en la liturgia y en la *lectio*: tres momentos fuertes de la vida espiritual en los que nos abrimos al misterio de Dios. Está es posible si todas las facultades del individuo efectivamente se someten a esta orientación, si se evitan con cuidado las distracciones, si se está preparado para recibir del exterior apoyos eficaces.

Aquí llegamos al punto crucial. Hay que preguntarse lealmente en qué se concentra, concretamente y en lo cotidiano, el interés de los religiosos. Más allá del trabajo y de los compromisos asumidos en la obediencia, existe el riesgo importante de una disipación que conduce a la confusión, a la pérdida de su identidad de consagrado. Disipación que, en el nivel intelectual —se nos perdonará ese término— se manifiesta en la lectura distraída de tantos libros y de opúsculos triviales, de una notable inconsistencia espiritual y teológica, aun cuando a veces muchas de esas publicaciones se cubren de una vestimenta teológica y llegan a emerger gracias a una atrevida publicidad: “la ultimísima novedad”, “una síntesis grandiosa”, “el porvenir de la vida religiosa”... La orientación actual de la sociedad impulsa a las lecturas rápidas y de contenido disparatado. Sentimos la necesidad —síntoma de un difuso complejo de inferioridad— de querer estar, o al menos de parecer estar “informados”, y para ello “debemos” leer todas las novedades. Y no advertimos que su lectura sin espíritu crítico, no preparado por una sólida formación, puede producir más mal que bien: como mínimo un notable desconcierto.

Se comprende la urgente necesidad de volver a encontrar un lugar para el estudio bíblico y teológico en la vida religiosa. Ese estudio debería en lo posible partir de la *lectio*: esta última realidad cristaliza todas las demás gestiones, puede ser el punto de referencia incluso en la elección de las lecturas. No se trata de un asunto individual, sino todo lo contrario. Cada uno, es el que lee, pero su lectura y su estudio sólo son verdaderos en la medida en que expresan una profunda conciencia eclesial, en que conducen a conocer y a amar a Dios a través de la Iglesia, la Tradición de los Padres, el Magisterio⁶⁵. La comprensión de la Iglesia de ayer es necesaria para comprender y amar a la Iglesia de hoy y construir con sabiduría la de mañana.

2. La palabra en una comunidad eclesial.

En nuestros días se insiste mucho, en teología, en el vínculo que existe entre la Palabra y la Iglesia. La Escritura es la norma suprema (*norma normans*) de todo el organismo eclesial en sus múltiples manifestaciones. La Palabra es la que convoca a los hijos de Dios dispersos para reunirlos en un cuerpo sacerdotal, profético y real. La Palabra que, íntimamente unida a los sacramentos —en particular a la Eucaristía— da vida al Pueblo de Dios, lo constituye verdaderamente en Iglesia del Verbo Encarnado.

Todos pueden aceptar fácilmente ese razonamiento eclesiológico cuando sólo se exige un asentimiento formal y exterior: nos quedamos en el plano de los prin-

65. L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique* (cf. supra n. 24), p. 264, “La lectura de la Escritura no puede ser así comprendida fuera de un contexto bien definido... la tradición viva de la Iglesia”.

cipios que fácilmente se pierden en abstracciones. Por este motivo es necesario verificar sin cesar la veracidad del discurso eclesiológico en sus células restringidas y concretas que son las Iglesias locales, a partir de la misma Iglesia doméstica. Es así como, incluso en las comunidades religiosas, la Palabra quiere desplegar todo su dinamismo y hacer concretos, palpables, constatables, los principios que, en el nivel de la Iglesia universal, correrían el riesgo de volatilizarse en simples teorías.

Parece que hoy muchas comunidades se disuelven en el anónimo y la inconsistencia espiritual. Existe probablemente en su interior un acuerdo sobre los compromisos exteriores (enseñanza u otras actividades sociales); pero nada más. Es evidente entonces que el vínculo que une a cada uno de los miembros con los demás es de lo más precario. Muy a menudo falta un punto de referencia que obre como autoridad, como es la Palabra. No basta decir que ésta es leída y escuchada en las diversas celebraciones litúrgicas. También es preciso que entren en juego, en el nivel comunitario, todos los elementos requeridos para una verdadera escucha individual de la Palabra de Dios, como experiencia espiritual y como esfuerzo en el estudio.

En primer lugar es necesario que toda la comunidad, que forma una sola persona mística, se disponga a escuchar en conjunto al Señor. Al fin de cuentas, cada uno de los miembros de un Instituto no tuvo que elegirse sus compañeros "de viaje". Es el Señor quien nos ha llamado a una comunidad determinada, y es solamente del Señor de quien pueden venir las indicaciones y los apoyos para un progreso común.

Parece, pues, oportuno que vuelva a cobrar vida, con todas las modificaciones necesarias, la antigua práctica de la *collatio*⁶⁶: la escucha en común del Señor, durante la cual cada hermano busca edificar su familia manifestando con simplicidad de corazón su "reacción" ante la Palabra que lo interpela. Esta *collatio* no debe confundirse con otras cosas ni reemplazarlas: preparación en común de la homilía, encuentro para un reciclaje teológico, y mucho menos con la programación de alguna actividad. Puede sin embargo convertirse en una forma particular de "revisión de vida" comunitaria⁶⁷. En ese caso podría articularse de la siguiente manera: oración para pedir que el Espíritu sea iluminado y purificado —escucha de un pasaje bíblico— meditación individual— comunicación a los hermanos de la Palabra escuchada en lo íntimo del corazón —intercambio sereno y lúcido— silencio orante que permita, en lo íntimo de sí mismo, releer la Palabra con una conciencia comunitaria más profunda —eventual formulación de un esfuerzo concreto de vida— oración de alabanza y de reforma.

A otros corresponde juzgar la causa, espiritual y psicológica, de un fenómeno del que ya da testimonio san Gregorio. Pero a menudo se experimenta que un pasaje bíblico, que había quedado oscuro en la lectura individual, se ilumina de

66. Cf. J. LECLERCQ, "La récréation et le colloque dans la tradition monastique", *Revue de Ascétique et de Mystique* 43, 1967, p. 3-20.

67. Sobre los recientes ensayos en este campo: cf. J. LECLERCQ, *Vie religieuse et vie contemplative*, Gembloux-París, Duculot-Lethielleux, 1950, en particular en las páginas 175-189.

de repente en la *collatio* o en la asamblea litúrgica⁶⁸.

Es cierto que para que la *collatio* sea provechosa es necesario instaurar en la comunidad un verdadero espíritu de humilde servicio y de simplicidad. Si se llega a superar el peligro de hacer solamente una reunión de estilo académico o de dar ocasión para manifestar el propio orgullo, este estilo de encuentro alrededor de la Palabra marca de manera sumamente positiva todo el estilo de vida de los hermanos. La *collatio* confiere a la comunidad su rostro de comunidad religiosa. Así desaparece la ambigüedad de ciertas posiciones que hacen de los consagrados simples trabajadores sociales sin ningún carácter religioso que los distinga de sus colegas laicos. Y todo esto no porque la *lectio* y la *collatio* sean por sí mismas la panacea infalible y universal, sino porque estas dos realidades, para que sean verdaderas, exigen estar acompañadas y sostenidas por una profunda vida de fe y de caridad, las cuales a su vez las estimulan y las vivifican.

No obstante, esto obliga a la comunidad a romper con ciertos hábitos de facilidad. El superior debe procurar ser el animador espiritual de la comunidad antes que ser el organizador de sus actividades o un simple prefecto de disciplina. En cuanto a los hermanos, deben buscar sinceramente a Dios superando el individualismo: deben sentir un profundo espíritu de comunión, que es compartir tanto los bienes materiales como los espirituales. Los encuentros sin pretensiones alrededor de una lectura pueden acostumbrar a abrirse en un nivel que poco a poco se va profundizando: a partir de una simple interpretación de orden exegético se llega así a compartir una gozosa experiencia espiritual.

Todo reside en convencerse, en dar valientemente los primeros pasos, en ser conscientes de realizar un gesto que es válido tanto para el individuo como para la comunidad.

Mientras no se las disfruta, las delicias del cuerpo excitan un deseo tiránico, en tanto que, una vez poseídas y consumadas, engendran de inmediato en aquel que las gusta, el disgusto por la saciedad. Lo contrario ocurre con las delicias espirituales: pues es su ausencia lo que provoca el disgusto, y su posesión el deseo, y aquel que las gusta tiene tanto más hambre de ellas cuanto que su hambre le hace gustarlas cada vez más. En aquellas, es el deseo lo que es agradable y la experiencia fastidiosa; en éstas el deseo es poca cosa, pero la experiencia da más satisfacción⁶⁹;

68. GREGORIO MAGNO, *In Hiez*, II, ii, 1: "Sé en efecto que a menudo muchos pasajes de las sagradas Palabras que no había podido comprender cuando estaba solo, los he comprendido puesto en presencia de mis hermanos... A menudo también, por gracia del Señor todopoderoso, ciertas cosas contenidas en sus palabras se comprenden mejor cuando la palabra divina se lee en secreto: el alma, consciente de sus faltas, al reconocer como verdadero lo que ha escuchado, se golpea con el látigo del dolor, se traspasa con la espada de la compunción; nada le resulta más agradable que llorar y lavar sus manchas en un mar de lágrimas. A veces, incluso, en medio de esto, es arrebatada hasta la contemplación de las cosas más sublimes, y deseándolas, se siente como torturada por dulces lágrimas" (CCL 142, p. 225).

69. GREGORIO MAGNO, *Homélies sur les évangiles*, XXXVI, 1 (PL 76, 1266); traducción G. TISSOT, *Les Pères vous parlent de l'Evangile*, Brujas - París 1953, t. 1, p. 645.

3. La palabra en una comunidad litúrgica.

Cuando una familia religiosa es una comunidad que vive la Palabra, la liturgia es el tiempo fuerte de esa experiencia de fe. La Palabra proclamada en la liturgia se realiza como acontecimiento salvífico en el pueblo que celebra: no como una palabra mágica, sino precisamente como una fuerza vivificante que exige ser acogida por el hombre en la fe.

Por esta razón, nunca se puede preparar suficientemente bien una liturgia⁷⁰. No solamente hay que ponerse de acuerdo en las rúbricas y en las ceremonias, lo cual es necesario para obtener un mínimo de orden y de dignidad, sino que lo esencial es hacer que el corazón esté disponible para que durante la escucha de la Palabra, ésta sea percibida como lo que en realidad es⁷¹. De ahí la utilidad de hacer la *lectio* y la *collatio* con los textos litúrgicos, o por lo menos, de preparar la liturgia mediante una lectura seria de esos mismos textos. ¿Cómo podría considerarse como "Palabra de vida" una palabra que en realidad no entra en la vida? Es doloroso constatar la poca influencia que tienen las lecturas de la misa y del oficio —e incluso los Salmos— en la jornada del religioso. En realidad, durante el tiempo de la "lectura", numerosos religiosos practican sus propias devociones; otros reflexionan sobre sus diferentes trabajos; otros, incluso, están sencillamente ausentes o distraídos.

70. Cf. D. REES, *Consider Your Call* (*Supra* n. 11), p. 273: "Las lecturas bíblicas del oficio y de la misa son ahora tan numerosas, los textos de los cánones y de los prefacios contienen tantas expresiones e imágenes sacadas de la Biblia, que un auditorio no preparado corre fácilmente el riesgo de quedar como sobrecargado y de renunciar por eso muy a la ligera a sus proyectos de lectura bíblica personal. Sin embargo, se debería ser tan paciente en el campo de la Escritura como en el de la filosofía. Así pues quizás habría que poner más cuidado en preparar a las comunidades por anticipado, explicándoles las lecturas que tendrán que escuchar durante la liturgia. De esa manera llegarán mejor a esa meditación reflexiva de la Palabra de Dios que busca proporcionar a los monjes, un medio de despertar a la presencia de Dios, la conciencia de que sus vidas personales están sumergidas en el misterio de la actividad divina tal como ésta se nos revela en la Historia Sagrada..."

71. Es muy instructivo el testimonio de Gogol, que hace sentir hasta qué punto está todavía viva la tradición patristica después de tantos siglos. Cf. N. GOGOL, *Méditations sur la Divine Liturgie*, trad. de V. Balalaeff (*Bibliothèque de la Pléiade*), París, Gallimard, 1966. Citemos algunos pasajes del comentario del ritual de la proclamación del Evangelio en la liturgia eucarística rusa (p. 1799-1801): "El diácono exclama: *Sabiduría*. El coro hace resonar el *Alleluya* que anuncia la proximidad del Señor que se dirige al pueblo para hablarle por la boca del evangelio... El sacerdote en el santuario dice una oración secreta para pedir que resplandezca en nuestros corazones la luz de la Sabiduría divina y que se abran los ojos de nuestro espíritu para la comprensión de las predicaciones evangélicas. Para que esta misma luz surja, la asamblea ora mentalmente y al mismo tiempo se prepara para escuchar..." Durante la lectura, "inclinan la cabeza con veneración, como si escucharan a Cristo en persona hablando desde lo alto del ámbon, todos se esfuerzan por recibir en su corazón la semilla de la sagrada Palabra, que el Sembrador celeste en persona siembra por boca del oficiante en los corazones...". No en el camino o en el terreno pedregoso y lleno de espinas de la parábola, "sino en esos corazones dóciles que (Cristo) compara con el suelo fértil que da frutos... corazones que después de salir de la iglesia, hacen fructificar lo que han recibido en sus hogares, en sus familias, en sus empleos, en sus diversiones, en sus conversaciones con los demás, en la soledad consigo mismos. En síntesis, todo fiel aspira a ser aquél que escucha y pone en práctica a la vez..."

El cuadro puede parecer pesimista. Mas es el que se obtiene preguntando a diversos religiosos que responden a diferentes vocaciones. Es suficiente por ejemplo, preguntar a quemarropa enseguida después de la Misa: "¿De qué habló el Evangelio hoy?" para darse cuenta de que muchos no están en condiciones de dar una respuesta. Y si la misma pregunta se hace por la noche, se advierte que la proclamación litúrgica se escurrió sin dejar ningún rastro en la jornada de muchos religiosos.

Es necesaria pues una concienzuda preparación, que lleve a toda la comunidad a nutrirse de este alimento único: la Palabra. Cada uno debe sentirse responsable de su parte. Pero es igualmente en el nivel de la comunidad donde debería ofrecerse la posibilidad de una escucha en profundidad de la Palabra. Y uno puede preguntarse especialmente si la comunidad como tal tiene un horario que permita encuentros del tipo *collatio*, que permita también el silencio para una meditación orante y una profundización de la Palabra después de las proclamaciones litúrgicas. En este campo debería ser posible seguir determinadas sugerencias autorizadas; como la homilía más frecuente o la elección de lecturas adaptadas a las diferentes situaciones concretas. El verdadero respeto de las reglas litúrgicas no consiste en la observancia material de los más pequeños detalles de las rúbricas, sino precisamente en la asimilación del espíritu de la renovación litúrgica con la plena observancia de todas las directivas oficiales.

No podemos subestimar la importancia que reviste en una comunidad una Liturgia de las Horas rezada con fervor y amor: es toda una celebración lírica de la Palabra. Basta con pensar en la salmodia y hasta qué punto contribuye a la edificación de la familia religiosa: "El Salmo es la tranquilidad del alma, el árbitro de la paz; aleja los pensamientos tumultuosos y agitados. Sosiega los arrebatos del alma, refrena la sensualidad. El Salmo procura la amistad, reconcilia incluso a los que estaban separados, pone fin a las enemistades. En efecto, ¿quién podría todavía considerar como enemigo a aquél con quien se unió para elevar a Dios un canto único y común? La salmodia procura así el bien supremo, la caridad, cuando transforma el canto común en una especie de vínculo que nos une, al fusionar armoniosamente a la multitud en un solo corazón⁷².

Basilio no es el único en dar testimonio de que los Salmos pueden influir profundamente en el espíritu humano, sino que más o menos todos los espirituales lo han hecho, en la soledad y en el trabajo pastoral, tales como un Isaac de Nínive o un san Ambrosio⁷³.

72. BASILIO, *hom. in Ps.* 1, 2, PG 29, 212 cd.

73. Para ISAAC DE NINIVE, ver el Tratado LIII, trad. Wensinck, p. 256 ss. Ambrosio, que sin embargo depende a menudo de modelos orientales (Basilio, Dídimo...), cuando comenta el Salmo 1, tiene una *laus* elegiaca enteramente original: AMBROSIO, *Expl. Ps.* 1,9: "El Salmo es la bendición del pueblo, la alabanza de Dios, la aclamación de la multitud, el aplauso general, la palabra de todos, la voz de la asamblea, una sonora profesión de fe, un compromiso lleno de firmeza, la alegría de la libertad, un grito de gozo, un desborde de alborozo; apacigua la cólera, ahuyenta la preocupación, alivia el dolor; es el arma para la noche, la enseñanza para el día, un escudo en el temor, una fiesta sagrada, una imagen de la tranquilidad, una prenda de paz y de concordia; como una cítara, reúne en una sola melodía voces diversas y variadas; el salmo resuena al surgir el día y el poniente lo repercute..." (SCEL 64, p. 7; leer lo que sigue, p. 8-10, sobre los beneficios de la salmodia). H.J. auf der MAUR (Leiden, 1977) es favorable a la autenticidad ambrosiana de la *laus*.

Es por eso que la *lectio* tiene un papel de capital importancia para una verdadera vida litúrgica. Por otra parte, es justamente en la liturgia donde la *lectio* encuentra el medio natural donde puede realizar la conversación con Dios⁷⁴. "El carácter *vivo* de la Palabra en el seno de la Iglesia, de cualquier lado que se lo aborde, no suprime la indiscutible prioridad de esta escucha que tiene lugar allí donde la presencia del Salvador alcanza su punto culminante. Toda proclamación eclesial está orientada hacia la proclamación litúrgica como hacia su último término; de la misma manera, toda lectura personal del texto sagrado encuentra en la escucha litúrgica su punto focal: como preparación de esta última, o como su prolongación⁷⁵."

No prestar atención al alcance del problema o eludirlo —quizás con el pretexto de que la *lectio* es una carga para los que deben trabajar— ya no tiene, pues, ninguna justificación. Por el contrario, la liturgia llama indirectamente a todo bautizado a revivir esa experiencia típica de Dios en la escuela de los santos, como lo demuestran en particular las oraciones de la Misa de san Jerónimo⁷⁶.

4. La *lectio* en una comunidad misionera.

Célula viva de la Iglesia, la comunidad religiosa se presenta en el mundo como una especie de central de energía espiritual por la oración y como una célula de vanguardia en el campo de la evangelización. En la actual coyuntura histórica, esta última perspectiva merece también ser tenida en cuenta. En la realidad cotidiana, la primacía de la Palabra de Dios no se manifiesta tanto en el nivel de las discusiones ideológicas o teóricas: ello habitualmente queda reservado a algunos especialistas. Pero la comunidad eclesial en su totalidad está llamada a vivir la Palabra de Dios y a concretizar así su compromiso de Iglesia que evangeliza. Esto es posible si la Palabra se hace presente en el mundo en forma tangible, si encuentra en cada cristiano y en cada comunidad cristiana su encarnación viviente, adaptada al lugar y al tiempo histórico en que es anunciada⁷⁷.

74. L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique* (Supra n. 24) p. 265: "Sólo la vida litúrgica puede proporcionar, iluminada por los Padres y vivificándolos como contrapartida, el clima donde practicar la *lectio divina*, si se quiere sin ilusión captar su sustancia. Sólo en la liturgia, la Palabra sagrada mantiene, podemos decir, su carácter de Palabra siempre inmediatamente pronunciada por un interlocutor siempre presente y que siempre hace presente por su propio poder lo que proclama".

76. "Dios que concediste a san Jerónimo gustar la Sagrada Escritura y vivir intensamente de ella, haz que tu Pueblo se alimente cada vez más con tu Palabra y encuentre en ella una fuente de vida. —Permite, Señor Dios nuestro, que después de haber acogido tu Palabra en nuestros corazones, a ejemplo de san Jerónimo, pongamos más entusiasmo en ofrecerte el sacrificio de salvación. —Permite, Señor Dios nuestro, que esta comunión recibida en la fiesta de san Jerónimo despierte el corazón de tus fieles: atentos a las enseñanzas de la Escritura, verán qué camino hay que seguir; siguiéndolo, llegarán a la vida eterna" (Misal Romano, traducción francesa oficial).

77. Cf. IRENEO, *Contre les hérésies* V, 1,1: "Porque no podíamos conocer los misterios de Dios si nuestro Maestro, aun siendo el Verbo, no se hacía hombre. En efecto, por una parte, nadie era capaz de revelar los secretos del Padre, sino su propio Verbo... Por otra parte, no podíamos conocerlos más que viendo a nuestro Maestro y percibiendo

Más allá de tantas afirmaciones de principio, sin duda impactantes y siempre válidas, a veces necesarias, la comunidad cristiana —y en primer lugar las comunidades religiosas que son su expresión más avanzada— están llamadas a dar testimonio en los hechos de la primacía de la Palabra.

Hemos visto cómo esto es posible al considerar brevemente la dinámica de la *lectio*: partiendo de la lectura del texto bíblico, tiende a la contemplación de Dios y también a comunicar su Palabra al mundo entero por medio de una acción que surge de la misma contemplación. Los bautizados deben traducir el mensaje bíblico a sus hermanos todavía alejados de la fe en el único lenguaje accesible a todos los hombres de todos los tiempos: la vida vivida⁷⁸.

No se trata de imaginar medios y formas estruendosas de un testimonio evangélico que correría el riesgo de ser pasajero y superficial. Cada comunidad debe plantearse el problema y encontrar en la oración y en la escucha de la Palabra su respuesta en este punto. Pero se imponen dos observaciones a la atención de todos los religiosos, que a veces dejan perplejos. Por otra parte nos invitan a tomar toda la medida de la situación en vistas a un compromiso que está de acuerdo con la profesión religiosa y que se sitúe en su línea. Cuando se examina serenamente la atención que medios de no-cristianos otorgan a sus respectivas "palabras de vida", se desprenden dos constataciones.

a) En el mundo occidental, materialista, uno puede preguntarse si, entre los religiosos, la aplicación a la Palabra de Dios, su amor por ella, pueden comprarse con el esfuerzo y el entusiasmo perseverantes con que muchos marxistas —los "consagrados" comunistas si se quiere— abordan el estudio de Marx, de Lenin o de otros "profetas". ¿No habría que constatar a veces la situación dolorosa ya descrita por el Señor Jesús cuando hablaba de la perspicacia de los "hijos de las tinieblas" y de la dejadez espiritual de sus discípulos?

b) En gran parte del mundo oriental —y para los orientales que, cada vez en mayor número, frecuentan nuestras ciudades de Europa— ¿puede ser digno de fe un cristianismo que relega la Palabra a las "cosas" más o menos importantes que se manipulan aunque en realidad se las ignora, mientras justamente los pueblos del Extremo Oriente adoptan frente a sus "palabras sagradas", una actitud más religiosa que nunca⁷⁹ y que a todos nos provoca?

*
* *
*

con nuestros propios oídos el sonido de su voz: porque convirtiéndonos en imitadores de sus acciones y en ejecutores de sus palabras, estamos en comunión con él y por eso mismo, nosotros, que somos creados nuevamente, recibimos, de aquel que es perfecto desde antes de toda la creación, el crecimiento..." (SC 153, p. 17, 19).

78. Cf. *Vie de Saint Nil de Grottaferrata* en *Acta Sanctorum*, Sept. VII, París - Roma, 1867, p. 305 D: "Todas estas cosas les ocurrían para que sirvieran de ejemplos y fueron puestas por escrito para instruirnos: interpreto pues toda la Escritura en mi propia persona", podía decir el santo a los monjes casinenses aplicándose I Co 10, 11, "y las faltas de todos los pecadores de mi Biblia".

79. Sobre el carácter religioso y meticuloso de la lectura de los Vedas, cf. BHAKTI HRDAYA BON MAHARAJ, "Die Einzigkeit der vedischen Lesung", en *Kairos* 8, 1966, p. 2-12. Bas-

CONCLUSION

En situaciones socioculturales diferentes de las de la Antigüedad y de la Edad Media, hoy se imponen elecciones adaptadas a la nueva sensibilidad teológica y espiritual. En la línea de la renovación conciliar, la *lectio divina* parece formar parte de la misma. No puede abordarse seriamente sino en una renovación global de la vida religiosa que concierna a toda una serie de campos que constituyen la vida cotidiana del consagrado a Dios: el *Opus Dei*, la oración, la virginidad, la sobriedad, el dominio del cuerpo y la pureza del corazón⁸¹. Todos estos aspectos expresan el dinamismo del religioso para vivir su vocación con un amor contagioso. Los religiosos están llamados a descubrir este amor y a vivirlo cada vez más apasionadamente practicando la obediencia —que es escucha de la Palabra; la pobreza —no oponer obstáculos a la acogida de la Palabra que debe encontrar un corazón totalmente disponible; la virginidad —una transparencia cristalina del corazón que vive del deseo y se sacia con la palabra del Amado; en esta Palabra El se hace presente y llena toda la existencia de aquél que tiene un corazón virginal⁸².

Para los religiosos, la lectura de la Biblia "no es pues un estudio; porque no se realiza para adquirir una cultura o una ciencia. Podemos llamarla una "meditación" para subrayar el ángulo espiritual de profundización que exige; el vocablo meditación tiene sin embargo el inconveniente de sugerir la reflexión más que la oración,

tarán algunas citas: "Los especialistas modernos del sánscrito y los indólogos a menudo abordaron el estudio de los Vedas a partir de una postura errónea. Deformaron su sentido utilizando el filo aguzado de un saber empírico y un supuesto "estudio objetivo". En la mayoría de los casos, sus ensayos no fueron más que ejercicios intelectuales y gramaticales — ¡cómo hacen los deportistas! — (p. 2-3)... Es absolutamente imposible leer correctamente los Vedas, es decir de manera que den frutos trascendentes, supraterrrestres, si, de manera vanidosa, uno tiene conciencia de su nacimiento distinguido, de su riqueza, de su rango social, de su educación y de su juventud (p. 3)... Si uno lee los Vedas considerando Samhita, Pada y Krama (como?) el mantra de cada uno (?), entonces se puede nadar por encima del océano sin límites de este mundo" (p. 5). Esto sin hablar de las defensas y prohibiciones impuestas en la lectura védica: en ciertos casos no observadas llega a la gravedad de un homicidio (cf. p. 5-6).

81. EUSEBIO GALICANO = FAUSTO DE RIEZ, *Hom. XLV, 6 (Ad monachos IX)*. Al comentar 1 Co 1,26 ("Hermanos, considerad vuestro llamado...") Fausto traza este programa para los monjes: "Así pues, hermanos muy queridos, rivalizad entre vosotros en una loable competencia y en la emulación por el bien: ¿quién de entre vosotros será más dispuesto para la obra de Dios, más ferviente en la oración, más dedicado a la lectura, más puro en la castidad, más sobrio y moderado, más pródigo en lágrimas abundantes, más virtuoso en su cuerpo, más sincero en su corazón, más suave si es tentado por la cólera, más sellado de mansedumbre, más raramente inclinado a reír, más ferviente en la compunción, más firmemente establecido en la gravedad, más gozoso en la caridad?" (CCL 101 A, p. 528).
82. AMBROSIO, *Expos. in Ps.* 118, 6, 8. Ambrosio aplica en primer lugar el versículo 41 del Salmo 118 a la venida de Cristo que trae la salvación. Después continúa: "Acabamos de hablar de Cristo y de la Iglesia: hablemos ahora del alma y del Verbo. El alma del justo es la esposa del Verbo. Si ella anhela y desea la salvación, si ora, y esto asiduamente y sin ninguna vacilación, si está totalmente atenta al Verbo, pronto le parece escuchar la voz de Aquél a quien no ve y, por una percepción secreta, reconoce el perfume de su divinidad... Y dice: He aquí precisamente a Aquél a quien busco, Aquél mismo a quien deseo" (CSEL 62, p. 112).

y de inscribir la lectura de la Biblia en las categorías sistematizadas a las que la meditación a menudo ha sido vinculada y que ignoraron los antiguos. La fórmula *lectio divina* es más feliz; indica una lectura saboreada y rezada, a la escucha del Espíritu de Dios, con la convicción de que es El quien nos dará la luz sobre ese texto; no es tanto una técnica como una mística, la lectura de un texto como la búsqueda de la verdad y del contacto con una persona, la misma persona de Dios⁸³.

*Rector del Instituto Pontificio de
Música Sacra — Roma*

Bonificacio BAROFFIO, osb

*Traducción del francés
por Graciela Sufé, osb
Monasterio Gaudium Mariae — Córdoba — Argentina*



83. L. LELOIR, *Désert et communion* (cf. *supra* n. 38), p. 250. El pasaje se refiere en sí a la *lectio* monástica.